



UN
DESEO
POR
NAVIDAD

JAMESL

UN

DESEO

POR

NAVIDAD

James I.

Un deseo por navidad

© James López

Todos los derechos reservados

Maquetación y Corrección: Carolina Vivas

Diseño de portada: Sareli García Hernández

Primera Edición: Mayo 2018.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mi chica, mi madre y mi amiga.

Esto es por ti mamá Lucy, me animaste a perseguir mis sueños y siempre creíste en mí.

Me apoyaste en los buenos y malos momentos.

*Tú me inspiraste a ser mejor persona,
cada logro siempre irá dirigido a ti.*

Índice

[Un regreso feliz](#)

[El sonido del cascabel](#)

[Una sonrisa cálida](#)

[Unos ojos mágicos](#)

[Un ángel de ojos claros](#)

[Cuando tus labios](#)

[me hablen](#)

[No te vayas](#)

[La última noche](#)

[Escucha mi voz](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

EPÍGRAFE

He cruzado mundos para poder encontrarte, fui al mundo de los muertos para poder estar a tu lado. Si tú supieras los lugares que he tenido que recorrer por encontrarte, porque me ames y no vuelvas a olvidarme.

Un regreso feliz



Muchas veces las fiestas se convierten en algo que quieres evitar, rezas porque no llegue ese día, cuando estás frente a tu familia lo único que puedes hacer es fingir una sonrisa y tratar con amabilidad a los demás, aunque por dentro solo quieras correr hacia tu habitación y no salir de ahí por un largo tiempo.

¿Es qué ellos no logran comprenderlo? muchas personas no están destinadas a encontrar el amor, tal vez solo están destinados a tener una carrera brillante y un salario bueno que te permita vivir en una casa humilde y no bajo un puente. Muchas veces el amor no llega de la forma que se espera, a veces solo llega por minutos y luego se va. Maggy estaba segura que el amor de su vida era Jason Beghe, pero lastimosamente, él se encontraba demasiado lejos para notar su presencia. Desde que ella lo había visto actuar no había despegado su atención de él, tanto así, que había cancelado muchas citas por quedarse viendo el maratón de *Chicago P.D* donde él salía.

La mala noticia de estar enamorada de un hombre que no sabía de su existencia era el hecho de que su madre constantemente le estaba haciendo la famosa pregunta: *¿y el novio Maggy?, ¿cuándo me darás nietos?* Al parecer ella no se contentaba con los hijos de sus hermanas menores, no, ella quería uno de Maggy y del hombre invisible que todos los años llevaba, como ese día. Su padre había insistido en que ella cancelara su viaje y pasara las fiestas con ellos, y aunque al inicio se negó, su padre la chantajeó diciéndole que él era un viejo que en cualquier momento moriría; ahora ella estaba frente a su casa, cansada y con sus zapatos con popo de cabra.

—¡Tía, Maggy! —exclamó el mayor de sus sobrinos, la aludida dejó a un lado el celular y se puso de pie abriendo los brazos para que Marco Junior la abrazara y la llenara de besos. Esa era la mejor parte de ser tía; que te llenan de besos y te muestran cuanto te aman.

Blanca, la más pequeña, se sostuvo de los muebles hasta llegar a ella y tirar de su falda, Margaret rió dejando en el suelo a su sobrino para después tomar en sus brazos a la pequeña y llenar de besos sus regordetas mejillas, la niña balbuceó su nombre enterrando su rostro en su cuello. Ella era la mayor del clan Fabri, tres hermanos menores y dos de ellas casadas felizmente, luego ella amando a un actor de quinta base. Tampoco es que se quejara, tenía una carrera y la soledad que siempre había buscado.

—¡Pero qué grande están, pequeños niños! —Señaló Margaret, besando la frente de la pequeña hija de su hermana Yurian—, ¡Y que fea que estás tú!

—Sigue de solterona, Maggy, los hijos envejecen —masculló entre dientes Micaela, sosteniendo entre sus brazos a un llorón Ricardo que se aferraba a los brazos de su madre. Margaret besó las mejillas de sus hermanas y acarició la frente de sus tres sobrinos para después lanzarse a los brazos

de Omar; su hermano y único varón en el clan Fabri.

—Pensé que no vendrías, padre dijo que seguirías de viaje en viaje en vez de venir —manifestó su hermano, sosteniéndola para después pasar sus manos por el cabello oscuro de ella. Omar era el segundo y le llevaba un año, las mellizas tenían veinticinco y ambas ya estaban casadas, Micaela hace dos años.

—Padre se apareció el lunes en mi consultorio, el señor no se fue hasta que no le dije que sí y cancele mi viaje a España —expresó pasando sus manos por su cabello suelto. Se giró bajando su maleta del carro para después seguir a su hermano dentro de la casa de sus padres. Hizo una mueca cuando su hermano le señaló sus zapatos y ella tuvo que regresar para sacudirlos, amaba esos zapatos y estaba segura que ya no los usaría. No más.

Todos se habían criado en Viviate, un pueblo envuelto en maravillosos paisajes y de ríos, ese pueblo era conocido por sus mitos y leyendas. Algunos vivían de la empresa de la caña de azúcar y otros de sus chacras y animales que criaban, eran pocos los que tenían tanto poder y dinero para vivir por largo tiempo, en ese caso la chacra de su padre les había dado educación a los cuatro y dos habían ejercido su carrera universitaria. Ser exitosa en un pueblo era tener un esposo e hijos, pero para Margaret ser exitosa era tener libertad y hacer lo que tanto amaba.

Y aunque ella amaba su independencia, su tranquilidad y el poder viajar cuando quisiera, muy en el fondo añoraba compartir su vida con alguien más. Secretamente pedía encontrar el amor y con el paso de los años comprendió que el amor no era para todos. El próximo año ella cumpliría treinta y seis y seguía soltera, con una madre que constantemente quería que ella se casara y una cama fría que pedía compañía.

Su madre era algo así como la señora Benet de *Orgullo y prejuicio*, aunque era cariñosa y buena mujer; constantemente la estaba presionando para que sentara cabeza aunque ella no lo quisiera así. Ella tenía salud y un hogar, ¿era importante tener alguien a su lado?

¿Cuándo te casaras?, cuidado Maggy, cuidado que ya se te está pasando el tren, cuidado y te quedas papaya como el tío Manuel que en paz descanse. Esos eran uno de los tantos comentarios que soltaban las tías de su madre y la mencionada. Desde que cumplió los treinta y terminó con el infiel de su novio al que su madre amaba; los comentarios eran seguidos, su madre buscaba maneras de decirle que se quedaría sola, que nadie la enterraría, así que ella prefería pasar las fiestas muy lejos de su familia y luego llamaba a sus padres para saludarlos y seguir con su vida de solterona. Eso era ella y no le avergonzaba decirlo.

Maggy había conocido todo tipo de hombres y estaba orgullosa de que ninguno de ellos había roto su corazón, ella sabía muy bien que en la sociedad en donde vivían el amor era algo que ya no se encontraba, el amor ya no tenía el significado de antes. Había tenido muchos novios, era una mujer sexualmente activa, pero al final de la noche ya no había nadie que la abrazara y le dijera: buenas noches, mi amor. Sabía que a los hombres no les gustaba una mujer exitosa, sabía que al final terminaban aburriéndose y buscaban algo más fácil que no pidiera pagar la cuenta en una cena. En esa época de su vida ya los hombres no la veían con buen ojo para ser una esposa y una buena madre.

—¡Maggy! —exclamó su madre cuando ella puso un pie en la casa, rápidamente llegó hasta su hija mayor y la envolvió en un cálido abrazo. Había extrañado esas muestras de afecto y la calidez que sentía cuando estaba con la familia—. ¡Pero que bella estás, hija!

—Alabadora —señaló entre risas, sentándose frente a ella, sus hermanos la imitaron. En esos instantes la casa era una locura por los gritos de los niños y la división de habitaciones para los casados y la solterona, como decía su tía Leidy—. ¿Cómo estás, mamá?

—Muy bien, cariño, yo estoy fantástica. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien, todo marcha bien. Estoy en el mejor momento de mi carrera y por fin terminé de pagar mi departamento.

—¿Y ya tienes un novio, cariño? —Inquirió, Omar se aclaró la garganta mirando a otro lado, Margaret soltó un suspiro y se recostó en la silla—, vamos cariño, estamos muy orgullosos de que cumplas tu sueños, pero... ¿y el amor?

—El amor no paga las cuentas, madre, y lo sabes —respondió, causando la risa en Micaela, que la disimuló cuando su madre le lanzó una mala mirada—, aparte, si me caso seguro terminaré de mal humor como Yurian.

—¡Oye!

—¡Maggy! —exclamó la voz ronca de su padre, rápidamente ella se puso de pie y caminó hasta él. Era un hombre alto y moreno, de ojos claros y cabello rizado. Un hombre que nunca dejaría de ser atractivo para los ojos de su esposa e hijas. Le sonrió y ella se lanzó a sus brazos como niña pequeña—. Mi vida, me alegro que estés aquí.

—Mamá ya me está corriendo de aquí, papi. Ella y sus preguntas sobre los esposos.

—¡Marian, deja a la niña!

—Emiliano, por favor, Maggy es todo menos una niña —siseó la mujer rodando los ojos bajo las risas de sus hijos menores—, ella se quedará papaya como tu hermana y el tío Manuel, ¿quién cuidará de ella cuando este vieja?

—Si la niña no quiere esposo, está bien, así no le toca un tipo idiota como el que tiene Micaela.

—¡Pero suegro! —exclamó entre risas el esposo de Micaela mientras ella lo abrazaba cariñosa. Enzo Reyes era del pueblo, un muchacho que trabajaba en las chacras y los fines de semana arreglando carros. El padre de ella se opuso a que se casara; pero ahí estaban unidos sin despegarse. Emiliano siempre había querido que sus hijas buscaran el amor fuera del pueblo, pero ambas muchachas se habían enamorado ahí. Omar estaba comprometido con una doctora, la muchacha estaba enamorada de él y ambos se llevaban muy bien.

Para Emiliano, Maggy había sido su niñita, su pequeña que terminó la secundaria y voló muy lejos de ellos, ella quería estudiar en el puerto pesquero y así fue, y aunque al principio quien sufrió más fue Omar; todo tomó su rumbo. Ella viajaba todos los días y eran pocas las veces que salía en familia. Cuando terminó la secundaria voló para no tener retorno, estudió la carrera que quería y decidió vivir en Piura, y luego viajó muy lejos de ellos. Él amaba a su hija y la extrañaba mucho, tenerla ahí era un alivio para su corazón enfermo.

—Bueno, vayan a tomar sus habitaciones y bajen con ropa cómoda, recuerden que un día antes de noche buena hacemos algo especial.

Maggy mordió su labio inferior, negando repetidas veces, su padre rió entre dientes. Él lo haría de nuevo y ellos no tendrían escapatoria.

—¿Qué cosa?

—¡Haremos la carta a Santa Claus! —chilló rompiendo en carcajadas, sus hijos se miraron y negaron repetidas veces ante aquella tradición de su padre. A la mañana de noche buena solían tener lo que habían pedido, Margaret solía encontrar las muñecas que quería o los libros, pero no el amor que pedía al final. Esa tradición dejó de ser especial hace dos años porque vio lo tonta que se veía; dejó simplemente de creer en la magia de noche buena.

Su padre la había inventado cuando Maggy había descubierto que Santa Claus no existía, así que la hacía escribir una carta y ponerla en un pomo mágico, que según él, hacía aparecer las cartas con Santa y él le traía lo que ella pedía. La tradición seguía y ahora no solo sus hijos escribían una carta, sino también sus pequeños nietos.

Maggy apretó el puente de su nariz y se puso de pie siendo seguida por su hermano que llevaba su maleta. El amplio pasillo era iluminado por un ventanal y este estaba abierto dejando entrar aquella frescura del campo. Ella sonrió viendo la puerta al final del pasillo, una con machas de pintura y que tenía escrito: *El extraterrestre de Omar no puede entrar.*

—Estabas muy enfadada conmigo, recuerdo que fue porque me robé tu libro y se lo regalé a una novia. —Omar lo señaló cuando ella abrió la puerta y recibió un golpe del pasado—, estabas molesta, aun puedo recordar aquella mueca que ponías cuando me veías, parecía que estabas comiendo limones.

—Fuiste muy estúpido, yo amaba ese libro.

—Lo sé —susurró, dejando la maleta en el sillón. Ella se quitó los zapatos lanzándolos lejos, descalza caminó por toda la habitación hasta que se detuvo frente a la imagen de Jason que estaba ahí—, pero me perdonaste cuando te regalé esa imagen, ¿sigue gustándote?

—Ahora sale en una serie policial y es el sargento Hank Voight, todos los martes estoy sentada frente al televisor para verlo. Está muy guapo, mucho más.

—No puedo creerlo. —Rió entre dientes dejándose caer en la cama esponjosa, Maggy sonrió moviendo las cejas de arriba abajo enseñándole una foto de él que tenía en su celular—, ¡Pero está viejo! ¿Tiene sesenta?

—Cincuenta y siete, hermanito, pero eso no impide que lo ame con locura —respondió quitándose la chaqueta. Suspiró y se sentó al lado de él disfrutando aquella tranquilidad y frescura. Ella siempre había sido muy unida con Omar, ya que un año después de su nacimiento llegó él siendo la estrella de la casa por ser hombre, ella estaba pequeña y muchos pensaban que eran mellizos por su gran parecido.

Las primeras palabras de Omar fueron «Mag» y desde ahí nunca se separaron. Iban juntos a ver a su padre ordeñar a las vacas, iban a darle de comer a las gallinas y acompañaban a su padre a la chacra. Hacían todo de la mano, incluso jugar a las muñecas aunque Omar terminaba molesto porque él hacía de policía y nunca tenía un papel importante. Cuando llegaron sus hermanas, ellos debían de cuidarlas mientras su madre cocinaba o lavaba, dejaron de ir a las chacras por cuidar de sus hermanas, pero cuando todos dormían, ellos se escapaban y se quedaban acostados en las esteras por horas viendo el cielo. Ella realmente echaba de menos esa época, aquella donde fue feliz sin saberlo.

—Ponte algo cómodo e iremos a la chacra —dijo su hermano poniéndose de pie, ella frunció el

ceño—, hay que divertarnos antes de que nuestra madre ocupe nuestro tiempo. Te espero en el corral de los chivos, abriré la puerta y sacaré uno de los caballos.

—Ya nos somos niños, Omar.

—Pero seguimos siendo los mellizos traviesos, ¿recuerdas eso? —Ella rió cuando lo vio salir. Se mantuvo en el mismo lugar por largos minutos hasta que escuchó el grito de su hermano en la habitación vecina, ella se puso de pie sacando ropa cómoda de su maleta. Recogió su cabello en una coleta y cuando estuvo lista salió de su habitación con cuidado de que sus padres no la vieran. Se detuvo cerca de la cocina cuando escuchó voces, era la única salida para llegar al corral, maldijo internamente y se asomó viendo a sus padres hablar.

—¿Quieres engordarnos, mujer? —bromeó Emiliano cuando su madre sacó del horno una pequeña torta, ella sonrió abiertamente deteniéndose.

—Tengo a mis hijos y nietos aquí, ellos deben comer muy bien. Seguro Maggy y Omar comen cosas feas en la ciudad, ¿les caería mal un buen plato de sopa o un sudado de pescado?

—Ya lo sé, mujer, pero debes recordar que ellos ya no son niños. Me hiciste matar una cabra y ahora estás haciendo mucha comida, descansa, mi amor. —Emiliano se giró encontrándose con los ojos de su hija, él le guiñó un ojo para después girarse y abrazar a su madre. Maggy sonrió queriendo capturar ese momento, pero sabía que si no llegaba su hermano empezaría a gritar, se apresuró a cruzar y salir en dirección al corral. Se sorprendió al ver tantos animales ahí, chanchos corriendo de un lado a otro, pavos arriba de los bancos y pollitos corriendo de un lado a otro. Los caballos estaban para el lado izquierdo mientras que los burros al lado derecho, y en el centro las vacas. Sus padres era uno de los que más animales tenían, cada quince días las carnes estaban a la venta, la leche fresca y los sábados el requesón y el queso.

—¡Apura, Maggy! —Su hermano gritó, ella corrió hasta él, Omar tiró del caballo y abrió la puerta trasera invitándola a salir. Ella se puso las gafas de sol y salió ayudando a su hermano a sacar el caballo. Cuando estuvieron afuera volvieron a cerrar la puerta y Omar la ayudó a subir al caballo—. Vamos, tenemos dos horas para volver y que nadie se dé cuenta de que nos fuimos.

—Que inocente eres, marcianito —bromeó ella sabiendo que en menos de diez minutos su madre se daría cuenta que ambos no estaban. Omar tiró de las correas del caballo y al instante se pusieron en marcha en dirección a la chacra. Ella se sostuvo de su hermano y enterró su rostro en su espalda sintiendo la tranquilidad que buscaba. Él reía recordando las anécdotas, las mañanas calurosas donde se escapaban y subían a una carreta para que los llevaran a los ríos de la Huaca, las tardes sentados en la plaza por horas, esos días tan hermosos que hacían sentirte en el propio paraíso.

No tardaron mucho cuando se vieron envueltos entre árboles, los ancianos regresaban en sus carretas y los miraban con curiosidad, pocos los reconocieron, pero los que sí los reconocieron se reían diciéndoles «los mellizos endemoniados». Omar reía y Maggy sonreía apenada por todas las diabluras que hicieron de niños. Ella miró alrededor cuando vio que la velocidad del caballo disminuyó, supo que estaban llegando a la chacra de su padre.

A lo lejos pudo escuchar unos gritos y luego carcajadas de niños, ella se giró y observó a un hombre que reía en el suelo mientras dos pequeños carcajeaban, después salieron corriendo y el hombre los persiguió. Ella no entendió por qué su mirada no se alejó de él.

—¿Quién es él? —No recordaba que en las chacras hubiera niños, salvo un pequeño que siempre

estaba pegado al señor.

—Es de los Rivera —señaló su hermano—, el pequeño era Arturo, un niño llorón. Él mayor es Luke.

—No sabía que la señora Rivera tenía un hijo mayor.

—Es hijo del señor Juan Luciano, de su primera esposa. Él vivía en la ciudad, pero cuando enviudó se vino acá y desde entonces se hace cargo de la chacra.

—Nunca lo había visto, ¿y la pequeña Grecia?

—Casada, hasta donde tengo entendido —finalizó, ella fijó sus ojos en aquel hombre que seguía riendo, él se quitó el gorro y su cabello revuelto cayó en su frente ocultando su rostro. Ella se encogió de hombros bajando del caballo con la ayuda de su hermano, miró alrededor y sonrió corriendo en dirección al río, se quitó los zapatos y el gorro lanzándose al río y tras de ella su hermano.

Margaret reía haciendo competencia de clavados como si fueran chiquitos, estuvieron ahí por largo rato hasta que lentamente el sol se escondió. Ella bostezaba pegada a la espalda de su hermano de regreso a su casa. No cambiaría esas horas aun cuando sus padres los esperaban para gritarles por haberse ido sin avisar.

El sonido del cascabel



Cuando ambos hermanos llegaron, sus padres estaban en el corral molestos, pero más su madre, y su padre fingía para que su esposa no se diera cuenta de que él había dejado que su hija se fuera. Recibieron un regaño como si fueran pequeños y entre risas subieron las escaleras para bañarse y bajar. Omar le sonrió entrando a su habitación y ella se quedó de pie observando las fotos que estaban en la pared. En una de ellas yacía ella en los brazos de su padre tirando del bigote que tenía, su madre con el ceño fruncido y un Omar durmiendo a pierna suelta. En la otra salían los dos montados en un caballo riendo y su padre a su lado sosteniendo las cuerdas del caballo.

—Extrañaba ver esa sonrisa coqueta —susurró el hombre atrás de ella, Maggy asintió pasando sus dedos por el retrato donde ella estaba en el río, a su lado Omar haciendo muecas mientras Yurian lloraba molesta y Micaela sacaba la lengua. Ella sonrió viendo a su padre—, cuando te fuiste creí que la alegría de Yurian y de Micaela ahuyentaría la tristeza, creí entonces que Omar tendría la misma relación con ellas como la que tuvo contigo.

—¿Y no fue así?

—No —dudó su padre, sosteniendo entre sus manos un cuadro donde yacía él con Maggy en brazos, apenas y tenía meses de nacida. Su padre se veía feliz, guapo y lleno de vida—, él las cuidaba, pero no permitía que fueran con él a los lugares que iba contigo, y ahí me di cuenta de algo.

—¿De qué?

—Ustedes se unieron de una manera que los mismos gemelos envidiarían. Omar te vio cómo su compañera de travesuras y aunque muchas veces decía tener miedo para que tú tomaras tu rol de hermana mayor; era él quien te protegía cuando las pesadillas llegaban.

—Omar era *Robín* y yo *Batman*.

—Que no te escuche brujita —bromeó su padre, inclinándose para besar su frente con suavidad. Ella asintió risueña alejándose para entrar a su habitación y poder darse un baño de agua helada.

Puso algo de música y encendió las velas aromáticas, cuando estuvo con su pijama puesta se sentó en su cama y recostó los brazos en la ventana, ella de niña había amado estar por horas ahí. Su casa quedaba un poco retirada de las demás, estaba envuelta en árboles y por ahí siempre pasaban los ancianos con sus carretas y los jóvenes con sus caballos. Disfrutaba ver el atardecer en aquel lugar e inhalar la aroma a paz.

—Estás ahí de nuevo, ¿qué miras ahora? dudo que tengas un novio que te esté haciendo guardia para poder escaparte —bromeó Micaela desde la puerta, Maggy le hizo señas y ella se acercó sentándose a su lado.

—Tú estabas muy enana para recordar eso.

—Omar nos contó —dijo risueña Yurian, entrando envuelta en los brazos de un divertido Omar. Ellos se sentaron a su lado observando el paraíso que era ese campo—, él era algo celoso, ¿verdad?

—Acá solo tuve un novio, los demás eran del colegio.

— ¡No le creo, Omar! ¿Eras tan celoso?

—Era un tipo horrible, ella merecía estar con otro chico, no él. —Se defendió inflando sus mejillas, Maggy rió tirando de él para besar su mejilla.

—Yo no sabía que ese tipo horrible era quien enfrentaba a mi hermanito, yo no sabía nada, debo aclarar, pero cuando me enteré lo terminé por meterse con un Fabri.

—Ah, lo que el tipo quería era meterse en tus calzones. —Micaela movió las cejas de arriba abajo y su hermana se echó a reír mientras que Maggy y Omar hicieron una mueca—, ¿qué?

—En mis tiempos era manitos sudadas, Micaela. ¿Pero qué hacías con tus novios? —Cuando Micaela iba a contestar, Omar levantó la mano frunciendo el ceño.

—No quiero saber que te hacían, Micaela, ya veo que las visitas a la iglesia no eran tan religiosas.

—¡Pueden apurarse! ¿Qué tanto hablan? —exclamó su madre, apareciendo en la puerta haciéndolos sobresaltar. Omar sonrió divertido poniéndose de pie para salir de ahí, Micaela y Yurian lo siguieron y fue Maggy quien se quedó más tiempo observando el atardecer.

Siempre era bueno regresar a casa y encontrar todo en su lugar, desde las muñecas hasta los diarios escondidos atrás del ropero, y aunque ahora la cama le quedaba chiquita; amaba sentir la suavidad de las sabanas contra su piel y las almohadas rodeándola.

Ella había extrañado a su familia, el campo, pero por tontas preguntas se había alejado de ellos. Estaba segura que no cambiaría ese momento por ir a España, no cambiaría las risas de sus hermanos, las travesuras de Omar y la comida de su madre por nada del mundo. Siempre es bueno volver a lugar donde fuiste feliz, es bueno para un corazón gris y sin brillo.

Se puso de pie tomando una de sus almohadas de puerquito, bajó las escaleras y les sonrió sentándose junto a Omar, que rápidamente envolvió sus manos alrededor de su cuello, él se inclinó apretando sus mejillas. Los niños yacían en el suelo jugando con Marco mientras Micaela hablaba con Enzo y Yurian.

—¡Bien, familia! —exclamó Emiliano llegando hasta ellos, a la par su madre sostenía una fuente con humeante café y en la mesa su padre colocó bocaditos para que sus hijos y nietos pudieran degustar. Su madre repartió el café, Maggy lo agradeció y con rapidez le dio un sorbo. Su padre les tendió una hoja de color junto con un lapicero y dejó un recipiente cuadrado en la mesa para que colocaran las cartas—. Escriban su deseo, dejaremos las cartas para que el guardián de Santa Claus las recoja.

—¿Santa Claus, Nono? —inquirió Marco Junior viendo a su abuelo. Emiliano besó su frente y se sentó a su lado.

—Ajá, hijo mío, Santa Claus cumple todos tus deseos, es una época mágica y los guardianes

salen en busca de las cartas.

—No sé si te falla la vista, padre, pero nosotros ya estamos en la tercera base y las mellizas en la segunda, ¿crees que es adecuado escribir? tengo que recordarte que Santa no... —Él se calló cuando las mellizas lo miraron mal, señalándole a los niños que lo observaban, su madre negó sentándose frente a él—, que Santa no trae regalos a los niños grandes.

—¿Por qué? —inquirió Marco, Omar le miró arrugando su nariz, Maggy sonrió esperando la respuesta de su hermano.

—Porque... bueno, hijo, porque no podría conseguir lo que nosotros queremos.

—¿Y qué quieren, tío?

—Ay, Omar, cuando la riegas, la riegas a lo grande —masculló entre dientes Yurian, inclinándose para tomar las manos de su hijo—. Santa no trae regalos a los mayores porque le es más complicado conseguir lo que queremos, nosotros ya no queremos juguetes, amor, y ya no hagas más pregunta o no te dejaré dormir con Pepe.

El niño se calló y ella sonrió satisfecha volviendo a los brazos de su esposo. Omar y Maggy rieron ante la mirada de Yurian, su padre se aclaró la garganta y todos volvieron su atención a él.

—¿Qué esperan para escribir su carta? ¡Deja de verme así, Maggy!

—Pero papááá —Alargó Maggy ante la insistencia, su padre frunció el ceño y ella rodó los ojos viendo a su madre sacar la lengua y empezar a escribir, ella quiso mirar y su hermano la escondió sonriéndole. Ella negó regresando su atención a la carta para después empezar a escribir.

Querido santa:

Cada año te he pedido lo mismo y cada año mi deseo no es cumplido. Han sido los treinta y cinco años más largos y llenos de soledad al no tener con quien compartir mi felicidad. Esta será la última vez que te pida un deseo.

Te pido que pongas en mi camino al amor de mi vida, al hombre que me haga feliz y me haga conocer ese sentimiento que tanto añoro.

Margaret Fabri.

Ella rió releendo la nota para después arrugarla y tomar otro papel, pero su padre lo impidió. Él estiró la mano y ella le entregó la hoja arrugada, él la abrió y luego la dobló poniéndola en un sobre, y la colocó con el resto de las cartas. Después de eso la velada fue tranquila, jugando y recordando su infancia. Los niños se durmieron temprano y sus padres aprovecharon para poner los regalos bajo el árbol y los demás prefirieron irse a dormir. Omar y Maggy habían decidido dormir juntos, tenían tantos recuerdos de aquellas noches de invierno donde dormían en el suelo y contaban historias de terror. Esa noche fue igual agregando que quien se durmió primero fue su hermano envuelto en colchas.

Esa noche fue la más fría en aquella época, terminó robándole la chaqueta de cuero a Omar y se puso un gorro de lana en la cabeza, luego se acostó a su lado haciéndose ovillo y aunque estaban

abrigados, ella podía sentir los pies helados de su hermano. En más de una ocasión se levantó para ver si había cerrado las ventanas, también para tomar más colchas y abrigarse en aquella noche.

Pasada la medianoche escuchó el sonido de un cascabel, frunció el ceño abriendo los ojos escuchándolo más cerca. No podían ser sus sobrinos, ellos ahora mismo estaban durmiendo. Cerró los ojos y esta vez escuchó el sonido más cerca, tomó el móvil viendo que recién eran las doce. Miró a su lado y confirmó que su hermano seguía dormido aferrándose a su cuerpo como un monito, ella se alejó lentamente de él tratando de no despertarlo. Tomó los guantes que descansaban en la mesa de noche y se los puso.

—Benditos mocosos —murmuró quitando el cabello de su rostro, tomó uno de sus zapatos de tacón y salió de su habitación. Bajó las escaleras y encendió la luz viendo que todo estaba igual como lo dejó hace unas horas; vacío. Caminó hasta el árbol viendo que aún estaban los regalos, ella se encogió de hombros y se giró en dirección a las escaleras, pero nuevamente el sonido de un cascabel la hizo detenerse—. ¿Papá?

Recorrió la sala, pero todo estaba vacío y no escuchaba pasos. Se acercó al árbol para tomar el recipiente donde estaban las cartas, hurgó en ellas buscando su carta pero no la encontró. Estaba segura que su padre la había dejado ahí. Mordió su labio cuando escuchó nuevamente el sonido de un cascabel, pero esta vez fuera de la casa, se asomó a la ventana viendo a lo lejos una silueta abultada, éste elevó la mano y nuevamente se escuchó el sonido del cascabel.

Raro. Pensó al ver aún la silueta.

Maggy se alejó de la ventana para subir las escaleras y perderse entre las sabanas de su cama. En la madrugada sintió más frío e incluso brisas frías que golpeaban su rostro, ella estaba segura que había cerrado la ventana, enterró su rostro entre sus brazos hasta que esta vez escuchó voces, gruñó exasperada creyendo que Omar estaba hablando por teléfono y que le había quitado las colchas para abrigarse mejor. Abrió los ojos encontrándose envuelta entre un manto frío y blanco. Se sobresaltó cuando se dio cuenta que su cuerpo estaba envuelto en nieve y que definitivamente no se encontraba en su habitación y mucho menos en su pueblo.

Debe ser una pesadilla, vamos, es una pesadilla por haber sido mala hija. Pensó desesperada, pellizcándose por segunda vez. ¡Es solo una pesadilla!

—¡Mamá, papá! —gritó con fuerza viendo alrededor, lo único que podía observar eran arboles envueltos en nieve, más nieve y más nieve, definitivamente era una pesadilla porque en Perú no cae nieve. Corrió sin saber qué dirección debía tomar hasta que nuevamente escuchó el sonido de un cascabel, esta vez con mayor fuerza. Pasó sus manos repetidas veces por su rostro tratando de despertar, repitiéndose una y otra vez que solo era un sueño, que nada era verdad.

—Hola, Maggy —susurró una voz suave y amigable. Ella bajó las manos con lentitud encontrándose frente a un hombre mayor de larga barba blanca y de ojos chispeantes. Atrás del anciano había trineo dorado, siendo tirado por dos leones grandes, el hombre soltó una risita y caminó nuevamente hasta el trineo para segundos después regresar con su carta, la misma que ella había escrito.

—¡Debo estar realmente loca! y eso es irónico, ¿sabe por qué? ¡Soy psicóloga!

—Calma, Maggy, ¿eres Margaret Fabri? —Ella asintió, él se balanceó tirando de su saco de piel roja, miró alrededor para después introducir su mano dentro de su saco y sacar una pequeña bolsa

negra de piel—, creo que me he tardado mucho, ¿verdad? Debes disculparme, hay tantos niños pidiéndome un regalo que terminé olvidando tus cartas.

—¿Qué?

—Hoy cuando revisaba las cartas encontré un recipiente celeste donde habían muchas, todas con el mismo remitente: Margaret Fabri.

—No sé de qué habla y no me importa. Lo único que quiero es despertar en mi cama y luego abrir los regalos, nada más.

—Me has pedido cada año encontrar el amor de tu vida, pero buscando las cartas de los dos años anteriores no las encontré. Seguro uno de los duendes la confundió, son tan traviosos —señaló riendo, ella solo pudo retroceder con desconfianza.

—No envié. Dejé de hacerlo cuando supe que era una pérdida de tiempo —vociferó tirando de la chaqueta para cubrirse ante la intensidad del frío—, mire, usted solo debe ser producto del pan que me comí temprano, un sueño bonito, pero debo despertar, ya no me está gustando esto.

—¿Una pérdida de tiempo? —Inquirió el anciano cuando ella se giró buscando una salida—, ¿es por qué no te mandé ese amor que buscabas?

—¡Sí! ¿Sabe lo que he pasado? he sufrido tantas veces pensando que él era el hombre indicado, ahora con treinta y cinco años sigo soltera y con mi cama vacía ¡Eso pasó! —exclamó cansada, pasando sus dedos por sus mejillas con rapidez. El anciano bajó la mirada con tristeza y ella giró su rostro con molestia.

Ella volvió a tirar de la chaqueta y ocultó sus manos dentro de esta, la chaqueta aún tenía el perfume de su hermano; irritante y escandaloso. Sus ojos rápidamente viajaron alrededor viendo como la nieve caía y ocultaba los árboles, y eso solo lo había visto en películas. Nada era cierto porque en Perú no cae nieve, porque nadie en su sano juicio saca a los leones a pasear con tranquilidad.

—Me he tardado porque debía encontrar al ideal. Tú deseabas un hombre que te amara con la misma fuerza de tu alma y con la misma nobleza de tu corazón, he pasado muchos mundos para encontrar a ese hombre que llene tu soledad —explicó en un susurro, ella torció los labios al escucharlo—, yo siempre cumplo los deseos, pequeña Maggy.

—Este deseo llegó muy tarde, ya no lo quiero.

—Entiendo que estés molesta, Maggy, te pido disculpas. Hace eones hubo un niño que no recibió su regalo, la carta se confundió y yo no supe qué quería para noche buena. Desde ese día nunca más recibí sus cartas hasta que una noche encontré una muy vieja, ese día fui en su búsqueda y aquel niño era un adulto envuelto en tristeza y amargura, yo le había negado la esperanza y la magia, desde entonces he buscado la forma de reparar mi daño.

»Sé que es muy tarde, Maggy, sé que estás molesta, pero te propongo un trato. En cuatro noches será noche buena, si hasta las once y media no has encontrado al amor que tanto anhelas; volverás a donde perteneces.

—Eso es solo un sueño.

—¿Crees en la magia, pequeña Maggy? —El anciano dio pasos torpes hacia ella. Sus ojos eran

azules y su barba brillaba, sus facciones delicadas tal y como lo pintaban en las películas y comerciales. Él tomó su mano y con una sonrisa le entregó una cadena con un colgante de estrella—. En cuatro noches te buscaré, si no has encontrado el amor que tanto anhelas te llevaré de aquí.

—¿Así sin más? —Pasó sus dedos por el colgante, le pareció muy bonito, pero llena de orgullo lo guardó, el anciano rió y asintió subiendo al trineo.

—¿Realmente eres santa Claus? —murmuró mordiéndose el interior de la mejilla, el anciano se carcajeó echando la cabeza hacia atrás y la miró con los ojos brillantes.

—Soy Nicolás, Maggy —respondió tirando de las correas, haciendo que los leones se levantaran y empezaran a caminar para después tomar velocidad y alejarse—, ¡Jo, jo, jo, Feliz navidad!

Ella miró alrededor sintiendo el frío calar sus huesos. Se sentó haciéndose un ovillo sintiendo la ropa finita, y aunque metió sus manos dentro de su chaqueta y escondió su rostro dentro de esta; seguía sintiendo frío. Buscó alguna casa, pero lo único que encontró fue árboles y más árboles. Cerró los ojos cansada haciendo caso omiso al sonido de los caballos y a los gritos, también hizo caso omiso cuando escuchó una voz ronca hablarle y luego sentir como era levantada del suelo. Tal vez era un sueño, tal vez solo era un sueño dentro de otro.

—Estarás bien, solo necesitas ropa caliente y una buena cama —musitó una voz ronca contra su mejilla. El hombre la sostuvo y la subió al caballo poniéndole el saco de piel negro en sus hombros, tocó su mejilla sintiéndola fría así que la atrajo a su pecho tratando de darle calor. Se la pasó con cuidado a uno de sus guardias y él subió, el hombre sin mucho esfuerzo se la tendió tratando de que no despertara y él volvió a sostenerla cerca de su pecho. Él bajó la mirada para ver bien su rostro, pero solo se encontró con unos labios sin color, la apretó y luego con su mano libre tomó las correas del caballo y tiró de éste abriéndose paso entre la nieve.

Tras él, la pequeña tropa lo siguió con la misma velocidad. El hombre miró nuevamente a la mujer y la ropa que llevaba, todo en ella le desconcertaba y le producía curiosidad, sus rasgos le decían claramente que no era de sus tierras, su ropa la hacía lucir extraña. Cuando ella gimió y apretó su ropa, él sonrió viendo como enterraba su rostro en su pecho ocultándose lentamente.

¿Quién en su sano juicio sale en aquella época del año? Pensó con recelo.

Todos sabían cuan fuerte se ponía la tormenta cuando el león lanzaba su rugido, avisando que todos debían volver a sus casas. Ella debía ser de otro reino, por sus ropas y por sus facciones.

El caballo se detuvo en el portón del reino que protegía el interior del pueblo y el castillo. Los guardias asintieron en su dirección tirando de las cadenas de hierro para que las rejas se levantaran y las puertas se abrieran. Su gente lo recibió preparándose para la noche vieja, los caminos llenos de nieve y los arboles envueltos en luces amarillas mientras los niños corrían de un lado a otro con sus juguetes viejos y los ponían bajo los árboles. El banquete para los guerreros estaba en medio, fruta y un gran cerdo daba la bienvenida ante unas semanas de ausencia de ellos. Los guerreros pidieron permiso al salvador de Maggy para que pudieran ir con su familia y él afable asintió. Alrededor la gente lo veía con curiosidad y aún más cuando él tomó a la mujer entre sus brazos y entró al castillo donde sus padres y hermanos lo esperaban.

—Papá... —murmuró ella con la voz temblorosa y en un susurró. Él la miró y la sostuvo con mayor fuerza contra su pecho.

—Calma, el frío ya pasará —avisó con suavidad.

Margaret no supo cuánto tiempo durmió, tampoco en qué momento sus hermanas entraron a su habitación. Ella apretó los labios envolviéndose en las sabanas para sostener con fuerza la almohada y seguir durmiendo hasta que la voz ronca la hizo abrir los ojos de golpe. Esa voz no la conocía. Se giró encontrándose con unos ojos esmeralda que brillaban bajo la luz de las velas, ella rápidamente retrocedió sosteniendo con fuerza la sabana que cubría su cuerpo.

—Calma, no le haré nada —señaló el hombre de voz ronca. Ella igual retrocedió cuando él se sentó y retiró su cabello negro de su frente. Él curvó sus labios cuando ella le miró con desconfianza—. Soy Lucían de Lanos, rey de Cristal.

—¿Qué? ¡Ay no, aun no despierto! —siseó cerrando los ojos para pellizcarse con más fuerza. Tuvo que apretar los labios para no soltar un gemido, esperó unos segundos para volver abrir los ojos, pero la sorpresa fue mayor; él seguía ahí, mirándola confundido—. ¿Dónde estoy?

—Te encuentras en Cristal, ¿de dónde eres tú?

—¿Cristal?, ¿eso existe? —inquirió tomando la chaqueta de su hermano que descansaba a sus pies. Se alejó del hombre que vestía extraño y hablaba de la misma forma—. Soy de Viviate, ¿sabes cómo debo llegar?

—Creo que la señorita ha recibido un golpe muy fuerte, Lucían —señaló una voz suave. Atrás del hombre apareció una mujer de facciones delicadas y sonrisa amigable, ella colocó su mano en el hombro del sujeto y él se puso de pie llevando una capa roja y una armadura fina—, soy Griselda de Lanos, princesa de Cristal.

—Soy Margaret Fabri, princesa del quinto departamento del centro —dijo sarcástica llevándose los dedos a su cabello. Eso era una locura, eso no le estaba pasando a ella, no a ella que casi pisaba los cuarenta y que había tenido una buena dosis de fantasía cuando era niña. No ahora—. Debo salir de aquí, debo irme.

—No puede irse, la tormenta ha empezado y será difícil que llegue a su destino. Ahora debe descansar, tal vez el golpe que ha recibido la ha desorientado. —Habló el hombre. Esta vez, Maggy se fijó en él bajo la luz de las velas: era alto, mucho más que su padre, tenía unos ojos esmeraldas tan brillantes que estuvo segura eran lentillas. Ella apretó los labios y pasó sus dedos por su cabello desordenándolo aún más, se giró y cuando él quiso levantarse, ella retrocedió levantando las manos, él asintió alejándose para no asustarla más.

Pasada la media noche, ella volvió a dormirse. Lucían se quitó la capa y la armadura que llevaba quedando en una camisa suelta y encima un saco de piel. Él pasó toda la noche dando vueltas por la habitación temiendo que ella despertara o la calentura en su cuerpo regresara. No durmió y se mantuvo cerca de su cama observándola dormir.

Sus facciones y manera de hablar lo hacían pensar que era de otras tierras, la ropa que llevaba lo confundía. Él había salido tarde de una reunión con su gente y había regresado lo más rápido posible para no dejar que la tormenta lo encontrara y lo dejara sepultado en plena época del año. Uno de sus guardines le había dicho que a lo lejos veía un bulto, minutos después encontró a la mujer tendida en el suelo hecha un revoltijo. Todos se miraron interrogantes, pero nadie se atrevió a objetar una orden del rey, él la llevaría a su reino y la cuidaría. Más de uno se confundió ante la orden de su excelencia, aún más cuando en los últimos años el rey había huido de cualquier mujer, todos creían

que él seguía enamorado de su esposa, de su difunta esposa.

Él estiró su mano hacia ella pasando las yemas de sus dedos por sus mejillas rojas, su cabello oscuro y rizado estaba esparcido en la almohada dorada con bordes rojos. Sus labios ahora rojos estaban fruncidos y cada vez que la muchacha se movía le permitía ver la silueta de su cuerpo envuelta en sábanas de satén. Más de una vez la mirada del rey viajaba hacia los labios de la mujer, viendo una pequeña cicatriz en ellos y debajo de ellos una pequeña piedrita que brillaba cuando él se acercaba.

—El viejo tenía tanta razón —susurró Lucían esbozando una sonrisa. Cuando escuchó el sonido de la puerta se puso de pie de inmediato caminando hasta la salida. Una de las doncellas se inclinaba llevando consigo un recipiente de lata con agua y telas, la mujer mantuvo su vista en el suelo—. Cuando la señorita despierte dígame que baje. Encárgate de la ropa y de que pueda llegar hasta nosotros.

—Como usted diga, excelencia —respondió la mujer. Él se giró para verla y asintió en dirección de la doncella que lo veía con curiosidad, salió de sus aposentos para ir en dirección a la suya. Afuera de su habitación estaba Hemir —el guardián real que protegía con recelo la puerta de sus aposentos— él se hizo a un lado y lo único que hizo fue dejarse caer en la suavidad de su cama.

Una sonrisa cálida



Día uno.

El reino de Cristal era uno de los más grandes en esas tierras, uno de los más bellos que se podía ver a lo lejos. Cerca del reino estaba aquel riachuelo mágico que cumplía deseos, ese mismo donde más de uno se había bañado buscando el amor. Los pobladores amaban a su rey, lo cuidaban y le agradecían todo lo que él había hecho, y aunque en más de una ocasión él pudo dejar aquel reino en manos de su hermano: nunca dejó de luchar por su gente. Cristal siempre era mencionado entre otros reinos y reyes, por sus colores vivos y por la naturaleza que lo rodeaba tanto fuera y dentro, aquella naturaleza que permitía que los pobladores cosecharan su comida.

Cristal siempre había contado con la bendición de los Dioses, el amor de los pobladores y la tranquilidad que un reino debería tener. Él había tomado las riendas cuando era joven y su padre había declinado por su enfermedad, desde entonces él había jurado ser un rey que velaría por su bienestar y alguien que los protegiera, con el tiempo todos pedían un heredero y él se rehusaba a casarse porque a diferencia de los demás; el buscaba el amor.

Se casó hace mucho tiempo, una princesa maravillosa que hizo sus días de colores, ambos estaban enamorados, pero cuando ella salió embarazada las pesadillas comenzaron. Ariana era una mujer débil que no podía avanzar con el embarazo, le dijeron que más adelante podían ser padres, que era mejor que ese bebé no naciera, que su salud era importante y ella se rehusó, ella quería que su pequeño Hudson naciera y tomara las riendas del reino de su padre y Lucían así lo decidió. El niño nació fuerte y sano, minutos después Ariana murió con su hijo en brazos.

Lucían no pudo reponerse fácilmente de aquella pérdida, el reino entero sufrió. Él no hacía más que recorrer los lugares que su reina había recorrido, miraba las pinturas y en todo momento veía su imagen y escuchaba su risa, todo parecía repetirse y dañaba su corazón con lentitud. Su padre le dijo que lo más adecuado sería que buscara una esposa, así habría una reina y una madre para su hijo, pero él rechazó eso; él quería mantener fresca la presencia de su reina y madre de su primogénito. Desde entonces había permanecido con la llama encendida esperando aquel amor que lo hiciera sentir que pertenecía a ese lugar, un amor que lo hiciera sentir libre.

Hudson cumpliría los quince años en diez noches, un muchacho amable y preparado para llevar las riendas de un reino en el futuro. Ahora Lucían estaba con los años encima y con una alegría única, un hombre benevolente que ayudaba a todos y que secretamente buscaba el amor; volver a sentir la

llama en su interior.

—¿Padre? —preguntó el muchacho. Lucían se giró terminándose de poner la capa roja para después pasar sus manos por su cabello arreglándolo, su fiel Gastón se inclinó colocándole la corona en su cabeza para después hacer una referencia—, ¿se encuentra ocupado?

—Adelante, Hudson —respondió el aludido girándose para sonreír hacia su hijo, él sonrió llevando consigo la corona de laureles y encima su armadura dorada obsequió del hermano de su padre—, ¿a qué debo tu visita? hasta donde tenía entendido irías tras la princesa de Esmeralda.

—¡Padre! —chilló el muchacho con las mejillas coloradas y los ojos llenos de brillo, Lucían soltó una carcajada ruidosa golpeando con suavidad su hombro para guiarlo a la salida seguido de él—, te dije que era un secreto.

—Pero nadie nos ha escuchado, no seas tímido, hijo. Vamos, que seguro y la muchacha cae ante tu poesía Apolo. —Se burló su padre viendo a su hijo cambiar de colores y sonreír con nerviosismo. Hudson era un muchacho envuelto en libros y poesía, un gran don que heredó de su madre y que constantemente él lo decía. Era joven, pero con una madurez única, esa que carecía el príncipe Arthur —su hermano segundo—, Arthur prefería conquistar a las princesas de los reinos vecinos, las llenaba de poseía, pero a ninguna desposaba, él decía que el reino sería de Lucían o de Hudson, que él no quería una corona tan pesada—. Bueno, ¿para qué me buscabas?

—Cierto. Hace unos minutos la abuela fue en mi búsqueda, ella me ha comunicado que ayer has encontrado una mujer cerca del reino, ¿sabes quién es?

—No, ella se encuentra en la habitación, Hudson. Seguramente recibió un golpe y ha hecho que confunda su realidad —comentó el rey, bajando las escaleras con dirección al primer salón donde estaban sus padres y hermanos esperándolos—, dice ser de un reino que desconozco y también reina de un departamento en el centro, ¿sabes qué es eso?

—Lo ignoro, padre —respondió el príncipe haciendo una reverencia cuando llegaron al primer salón donde se encontraban sus abuelos y tíos. Éstos se pusieron de pie y cuando Lucían dio la orden volvieron a sentarse—, ¿cómo ha amanecido hoy?

—¿Hablan de la doncella encontrada? Llego y parece que he estado ausente por largo tiempo —señaló Arthur con media sonrisa mientras el rey negaba. Era un príncipe mujeriego y líder de una de las tropas del reino, paraba más tiempo en el bosque que en el reino.

—Ayer su majestad encontró una mujer por los caminos de los domos, cerca del reino —explicó Griselda, acariciando con suavidad la mano de su sobrino—, ella parece confundida y también parece de un reino muy lejos de aquí.

—¿Y es bonita? digo, tal vez y sea hora de sentar ya cabeza —bromeó y el rey chasqueó la lengua apretando el puente de su nariz. Él no supo por qué en esos momentos quiso golpear a su hermano, tal vez porque todo se lo tomaba en broma o tal vez porque dijo algo referente con aquella mujer.

—Su excelencia. —Todos giraron el rostro hacia la voz de Conac, tras de él estaba la mujer llevando esta vez un largo y sencillo vestido color celeste, ella llevaba la cabellera azabache suelta y adornada con una corona de rosas. Rápidamente todos se pusieron de pie y el rey llegó hasta ella pudiendo observar de cerca aquellos bonitos ojos chocolate. Era hermosa, una belleza exótica.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó afable, esbozó una sonrisa y causó que dos citas se marcaran a cada lado. Maggy tartamudeó observando de cerca sus ojos esmeralda y el brillo de estos. Definitamente no eran lentillas—, ¿señorita, Margaret?

—Maggy —contestó ella en un susurro, él sonrió meneando la cabeza e inclinándose con suavidad hasta ella para tomar su mano y llevarla a sus labios.

—¿Por qué no llamarla por su nombre? —inquirió él con media sonrisa, arrancándole un suspiro de los labios a ella—, Margaret es un nombre hermoso, tanto como quien lo posee.

—Creo que aún estoy soñando —respondió avergonzada cuando Lucían no soltó su mano, sino que la sostuvo y se colocó a su lado dejando ante ella a los reyes viéndola con curiosidad.

Vaya que tengo una gran imaginación. En vez de psicóloga debí dedicarme a la literatura. Pensó viendo alrededor.

—Padres, hermanos y príncipe. —Habló el rey, ella giró su rostro observando como sus ojos se achinaban y tres líneas se marcaban a su lado. Se notaba que llevaba mucho tiempo ahí y también que la juventud se le estaba yendo a regañadientes. Él se acercó y sostuvo su mano, pero Maggy solo sintió un suave roce—, ella es Margaret de...

—Solo Margaret Fabri, no tengo tantos títulos —respondió haciendo una mueca y frunciendo su nariz—, mire, yo no sé cuánto va a durar mi sueño, lo único que puedo decir es ¡Vaya imaginación tengo! mi compañera de cuarto solía decirme que era buena inventando historias, ella me decía: ¿Mag?, ¿por qué estudiaste psicología si debiste estudiar literatura? ¡Debí hacerle caso! seguro y hubiera vendido más libros que *Mario Vargas Llosa*.

Lucían apretó los labios para no soltar una carcajada al escucharla hablar, y mucho menos al observar el rostro contraído de su familia. Sus padre se miraron, su hermano ocultó una carcajada en una tos falsa y Hudson miró a su tía confundido. Ella seguía hablando sin detenerse haciendo movimientos con sus manos y frunciendo su nariz pecosa.

—¿Disculpa? —preguntó Felipe —el padre del rey—, su esposa Helena sostuvo su mano y buscó respuesta en el rostro del rey—, ¿se encuentra bien?

—¿Qué si me encuentro bien? Oh, sí claro, pero tiendo hablar mucho cuando estoy nerviosa. Mi hermano Omar dice que su error fue enseñarme a hablar porque ya después no me pudo callar.

Lucían soltó una carcajada ante su comentario, ella le miró confundida y él se llevó sus dedos a sus labios negando avergonzado por haberse carcajeado. Su hermano sonrió juguetón junto con Griselda.

—Padre, ella se encuentra confundida. La señorita dice que viene de un reino que desconocemos y no ha parado de repetir que todo esto es un sueño —explicó el rey con suavidad, Maggy le miró y él le guiñó un ojo con diversión.

—¿Se ha golpeado?

—¿Qué? ¡Claro que no! —exclamó soltándose de su mano de inmediato, él la miró confundido, pero no dijo nada—, no pertenezco a un reino, mejor dicho; no vengo de uno. Soy psicóloga, no reina, tengo un apartamento y técnicamente soy la reina de ahí.

—¿Apartamento? —preguntó Hudson confundido, en todos los libros que había leído jamás había

escuchado esa palabra.

—Aparta... ¿qué? —inquirió vagamente Arthur, viendo a su hermana que meneaba la cabeza curvando sus labios en una sonrisa—, creo que el golpe fue demasiado fuerte, hasta inventa palabras.

—No estoy loca, si eso está insinuando. La psicología es la ciencia que estudia la conducta del ser humano —respondió con rapidez para después retroceder y mirar al rey—, debo irme, necesito encontrar al anciano y que me regrese con los míos.

—¿De qué anciano está hablando? —El rey envolvió su mano alrededor de la suya, Maggy levantó los ojos encontrándose con los esmeralda y evitó a toda costa no suspirar y menos mostrar el efecto que había tenido ante el inocente roce. Ella se soltó y retrocedió—, tal vez podamos ayudarla, tal vez y la ayudemos a volver.

—Nico...lás —titubeó ella y todos se quedaron en silencio, ella aprovechó para salir corriendo de ahí. Sostuvo el vestido y maldijo por llevar aquellos zapatos que le impedían correr. Ella debía llegar al lugar donde lo había visto, ella debía regresar con los suyos o despertar de aquel sueño.

De todos los sueños ese era el peor, parecía que ni los pellizcos la harían despertar. Eso le sucedía por comer pan y chocolate de noche, su compañera de cuarto solía decirle que cenar le traía pesadillas, y ahí estaba ella; corriendo y buscando a un anciano para que la regresara a su mundo.

Corrió y agradeció que las puertas estuvieran abiertas, cuando el rey dio una orden, ella tuvo que correr más rápido saliendo del reino y cruzando el puente. Maldijo al sentir el dolor en sus pies recordando las tantas veces que su padre le había dicho que con los tacos no huiría de una ataque y que lo más seguro es que terminara en el suelo. Se detuvo cuando se vio envuelta en una tormenta de nieve. Caminó con lentitud hundiéndose en la nieve y se sostuvo de los árboles, miró alrededor, pero lo único que veía era árboles y nada cerca. Maldijo recordando la noche anterior, la misma donde el rey la había llevado al castillo.

«*El amor que tanto anhelas*» Recordó las palabras del anciano, ella solo necesitaba regresar a casa, a su vida y a su departamento. No quería más.

—¡Margaret! ¡Margaret! —gritó Lucían corriendo en dirección a donde ella había ido, lo único que vio fue su cabello negro moverse ante la intensidad de la tormenta. Apretó los labios viendo como cada vez la tormenta tomaba paso hasta dejar a cualquiera perdido, pero no para el rey que conocía sus tierras al derecho y al revés.

Cuando era niño solía salir corriendo por alguna pataleta, su tío atrás de él riendo a carcajadas por desobedecer órdenes del rey, pero para Lucían solo sería un regaño. Él había pasado su niñez perdido en el bosque, durmiendo en rocas y cazando su propia comida, se podría decir que antes de tomar las riendas del reino de Cristal, él había sido un salvaje. Él conocía el bosque y aunque la nieve le dificultara la visión nada lo detendría.

Caminó por largos minutos hasta que a lo lejos la pudo diferenciar sosteniéndose de un árbol, caminó hasta ella y se quitó la capa, ella al verlo dio un respingo y retrocedió.

—Calma, no le haré nada —respondió colocándole la capa en sus hombros, ella apretó los labios sintiendo el frío calar y él miró alrededor buscando la chozuela que se había hecho hace muchos años por si alguien se perdía en esa temporada—, hay una cabaña cerca, ahí nos refugiaremos hasta que podamos volver al castillo, señorita.

—Debo irme, si esto no es un sueño y es obra del anciano...

—Calme. Ya hablaremos de eso —ordenó envolviendo sus brazos alrededor del delgado cuerpo de ella, Maggy no protestó y escondió su rostro entre su cuello viendo a lo lejos una luz roja, él supo que ahí estaba la cabaña. Se apresuró a llegar hasta ella aun con la tormenta fuerte golpeándolos. Cuando llegaron, él abrió la puerta y ella ingresó con rapidez al refugio, él pudo cerrar la puerta. Recostó su frente contra la puerta normalizando su respiración—, fue insensato lo que hizo, señorita, no sé de donde venga, pero seguro allá también hay este tipo de tormentas.

—No.

—¿No?

—Nunca ha nevado y desconozco esto. Yo... yo debo volver, es una equivocación estar aquí.

—Nicolás jamás se equivoca —farfulló caminando hasta donde estaban los abrigo de piel, los sacó y le tendió uno a ella que titubeando aceptó—, él cumple los deseos que han pedido y tú no eres la excepción.

—Hablas como si lo conocieras. Es un anciano loco y debe...

—Es mi abuelo. Nicolás, San Frío, San Nicolás o Santa Claus, es mi abuelo —confesó él dándole la espalda. Pasó sus dedos por su cabello oscuro y se sentó frente a la chimenea para meter pedazos de madera y luego encenderla con una caja de cerillas—, mis padres creen que mi abuelo murió, pero él solo tomó el reino de otro rey.

—No te estoy comprendiendo.

—Ser Santa Claus es más que llevar regalos, Margaret. Es un linaje de hombres de buen corazón, ellos son escogidos para tomar la corona y cuidar de su pueblo. Mi abuelo desapareció cuando yo tenía cinco años y nunca se supo de él, cuando mi... mi esposa murió, él se me apareció. Él me entregó un colgante —explicó metiéndose las manos dentro del pantalón para sacar una cadena que tenía de colgante una estrella que brillaba—, él me dijo que pronto mi mayor deseo se cumpliría.

—Tú lo sabías, ¿verdad? ¡Me trataste como una loca! —exclamó enfurecida caminando hasta él, cuando quiso estampar su mano en la mejilla de Lucían, él envolvió sus manos en las muñecas de ella y la atrajo a su pecho. Le sonrió provocando que nuevamente las citas en sus labios aparecieran y las arrugas al lado de sus ojos.

Ella lo observó fijamente, tratando de no ser atrapada por el color de sus ojos, estos parecían tener vida propia y ponerla inquieta.

—No puedo romper el secreto de mi abuelo, Margaret.

—Yo necesito volver —suplicó en un susurró, él se inclinó soltando con suavidad su mano para después rozar las yemas de sus dedos contra las mejillas y la nariz pecosa de ella—, ayúdame.

—¿Cuál fue tu deseo?

—Encontrar al verdadero amor —respondió después de largos minutos. El rey se alejó de ella y pasó sus manos por su cabello con molestia, un tic de frustración que ella había descubierto—, pero eso lo pedí hace mucho tiempo.

—¿Te espera alguien allá? —susurró, ella lo observó. Él también había pedido un deseo—,

respóndeme y yo te ayudaré para que vuelvas a tu mundo.

—Sí —contestó con voz gélida, él parpadeó observándola y ella giró su rostro. Él apretó su labio para después sonreír falsamente y asentir.

Ella no es tu deseo, Lucían. Ella no lo es. Se repitió una y otra vez.

—Tal vez, Nicolás tiene razón —dijo Lucían después de largos minutos, se puso de pie quitándose el abrigo de piel para caminar hacia donde estaba la chimenea y echar más trozos de madera. El lugar era pequeño, pero eso no evitaba que ambos se congelaran. Se giró y forzó una sonrisa cuando halló el camastro en una esquina, llegó hasta él y lo tiró provocando que polvo saliera de éste y ella gruñera—, esto nos servirá para descansar.

—¡Yo no voy a dormir con usted! —refutó ella apretando los labios, el rey alzó la ceja y esbozó una sonrisa divertida mientras acomodaba el catre y encima colocaba los abrigos de piel libre. Él se sentó en esta y se quitó la corona para ponerla cerca y luego enterrar sus dedos en su cabello.

—Nadie sabrá que usted compartió cama conmigo, Margaret. Sé que esto se vería muy mal acá, pero ahora lo que importa es que usted pueda dormir —respondió con suavidad acostándose en el camastro, poniendo sus brazos alrededor de su cabeza para cerrar los ojos—, esta noche empiezan los preparativos para la noche fría.

Ella lo miró y luego al catre. Él permaneció con los ojos cerrados y las facciones suaves, su sonrisa plantada provocando miles de suspiros que tuvo que tragar por vergüenza. Miró alrededor y se sentó a su lado apegándose lo más que fuera al filo del catre, ¿desde cuanto temía acostarse al lado de un hombre? los últimos años había llevado muchos hombres a su cama y no precisamente para dormir, ¿por qué le incomodaba tener su mirada o incluso un suave roce?

—¿Cómo la celebran? —inquirió con voz ronca a causa del frío. Él abrió un ojo y se giró viéndola mientras ella miraba alrededor evitando fijar sus ojos en los esmeralda de él, aquellos hechiceros ojos. Él rió entre dientes cuando vio el rubor en sus mejillas y en su cuello, parecía una niña en el cuerpo de una mujer.

—Pintura. —Maggy elevó una ceja cuando lo vio cerrar los ojos y sonreír satisfecho—, buscamos nuestra ropa más gastada y salimos al pueblo, los aldeanos tiene lista la pintura en polvo y la ropa blanca. Hay música por todos lados y nosotros dejamos de ser reyes para convertirnos en amigos y bailar a su lado.

—Eso suena muy bien.

—Suena más que bien —respondió, abrió los ojos pillándola observándolo con detenimiento, ella gritó y retrocedió cayendo de bruces al suelo para después quejarse. Él rezongó y se bajó de inmediato ayudándola a que se pusiera de pie—, ¿estás bien?, ¿pero por qué te asustaste?

—Creo que vi una rata —murmuró bajo cuando se dio cuenta que él había envuelto sus manos alrededor de su cintura y la miraba buscando alguna herida en ella. Segundos después, él la soltó y se sentó nuevamente, ella lo imitó—, de donde yo vengo, por estos días están en preparativos, mi madre buscando el perfecto pavo para la noche y mis hermanos buscando los regalos para sus hijos y hermanos.

—¿Tienes sobrinos?

—Tres niños hermosos. Son los niños más traviseros y bonitos que haya visto —señaló ella con un brillo en los ojos, él la observó sonriendo para después alargar su mano y acariciar su mejilla sin darse cuenta, ella se calló abruptamente—, ¿qué pasó?

—Brillas como una estrella —respondió él mirándola a los ojos—, tus ojos adquieren una luz diferente y se achinan cuando hablas de tu familia, ¿te habías dado cuenta?

—Umm, no, creo que no —respondió echándose atrás dejando la mano del rey estirada. Él sacudió la cabeza y se acostó cerrando los ojos, esta vez ya no sonreía y ella quiso disculparse, pero prefirió quedarse callada.

—Noche Fría es la época más esperada aquí, es ahí donde la magia cobra vida. Los niños a la espera de su regalo, las familias unidas yendo a recorrer el bosque horas antes y se dan un baño en el riachuelo Azul para ser bendecidos. Cuando la campana suena, San Nicolás pasa por cada casa y deja los regalos, ¿pero sabes cual parte es la más bonita? —inquirió, cuando ella iba a contestar, él prosiguió—: en la mañana, todos riendo mostrando sus juguetes, todos llenando el reino de risas, esa es la parte más bonita.

—Eres un buen rey —comentó ella, él abrió los ojos regalándole media sonrisa—, ¿por qué no volviste a casarte?

—Porque no me he enamorado —reveló con simpleza, poniéndose de pie para caminar hacia la ventana y ver si la tormenta había pasado; pero todo seguía igual. Él resopló escondiendo sus manos para que estas se calentaran y se giró para verla—, ¿y tú por qué no te has casado?

—Porque no me he enamorado. —Él soltó una carcajada cuando ella usó sus mismas palabras, ella se encogió de hombros y bajó la mirada—, mi familia es de pueblo y yo de ciudad, cada vez que voy a verlos me hacen la misma pregunta: « ¿Cuándo te casas, Maggy?, Maggy, ya se te pasará el tren... »

—« ¿Se te pasará el tren? » —repitió.

—Ya no podré tener hijos; según ellas. Tengo treinta y cinco años, un poco mayor para buscar el amor.

—Yo tengo treinta y ocho años, Margaret. Gracias a Dios nadie me está diciendo que se me pasará el tren —bromeó sentándose a su lado, ella frotó sus manos sintiéndolas frías y eso no pasó desapercibido para él, Lucían tomó sus manos y las abrazó con las suyas. Él las frotó y luego las llevó a su boca y sopló sin dejar de verla—, eres muy hermosa, ¿cómo es que nadie ha querido desposarte?

—Porque los hombres ya no piensan en casarse, excelencia, ahora es más fácil tener una chica cada sábado —bufó tratando de serenarse al sentir el aliento de él contra sus manos—, tal vez aquí es diferente, pero allá el amor ya murió. Ahora pesan más otras cosas, el amor ya no es importante.

—¿Qué feo lugar! ¿Así quieres regresar a ese sitio? —señaló horrorizado, ella se echó a reír al ver sus ojos abiertos y tres líneas marcarse en su frente.

—Es mi realidad, alteza. Y no la cambiaría por nada.

—¿Es porque alguien te espera? —Se atrevió a preguntar, ella sacudió la cabeza sonriendo con timidez—, ¿entonces? aquí puedes encontrar el verdadero amor, Margaret.

—¿Y quién me asegura que lo encuentre, excelencia? —La observó por largos minutos y cuando iba a contestar, ella lo interrumpió—: allá tengo a mi familia, yo no pudiera ser feliz si ellos no están conmigo.

—San Nicolás nunca se equivoca, Margaret. Tal vez ya encontraste al verdadero amor y no te has dado cuenta —dijo con suavidad el rey viéndola dormida en el catre. Después de su pregunta, ella no había hablado y él lo agradeció, él no tenía una respuesta segura para todas sus preguntas. Parecía tan serena, tan hermosa y a la vez tan peligrosa. Se permitió pasar sus dedos por el contorno de sus labios, por sus mejillas y nuevamente por sus labios. Ella emitió un gemido y él se echó hacia atrás viéndola girarse y tirar del abrigo de piel. Sonrió y se puso de pie echando al fuego el último pedazo de leña.

Pronto anochecería y ambos debían estar calientes si iban a esperar tanto. Él tomó su abrigo y salió de la cabaña cerrándola, sostuvo el hacha en sus manos y se dio la vuelta viendo tres gruesos pedazos de madera atrás de la cabaña, los tomó y los puso en la piedra plana para después elevar el hacha y cortar la madera. Estuvo por largos minutos ahí hasta que tuvo listo los trozos.

Maggy bostezó mirando alrededor encontrándose vacía. Se puso de pie buscándolo alrededor pero no lo encontró, ¿se habrá ido o todo fue parte de un sueño? últimamente ya no confiaba en su razón, estaba perdiendo el hilo de la realidad. Cuando iba a salir la puerta se abrió dejándolo ver con una mueca en los labios y el cabello blanco a causa de la nieve. Ella se apresuró a llegar junto a él para ayudarlo con la madera, él no se lo permitió y terminó ganando, dejando la madera cerca de la chimenea.

—¿Crees que vengan por nosotros? —preguntó cuándo él se puso de pie y se quitó el abrigo. Pasó sus manos por su cabello sacudiéndolo y asintió—, claro, eres el rey, deben estar buscándote.

—Pensarán que me has robado, que me quieres someter —señaló serio, ella abrió los ojos de par en par, Lucían al verla rió a carcajadas echando la cabeza hacia atrás mientras ella lo observaba consternada.

—Gracioso, gracioso —murmuró dándole un golpe en el hombro, él sonrió empujando su hombro contra el suyo—, ¿no te duelen las mejillas?

—¿Por qué deberían dolerme? —inquirió con media sonrisa. Ella señaló su sonrisa sin percatarse que había tocado sus labios, al darse cuenta dio un respingo avergonzada—, ¿por qué sonríe? la mejor medicina que uno puede tener es la risa, para afrontar los problemas uno debe sonreír; nunca se sabe cuándo será la última vez que lo hagas.

—Es un enigma soberano.

—¿A sí?

—He leído sobre reyes tiranos y despiadados, aquellos que se casan para obtener la corona, y descubro cosas de ti que me sorprenden... —Ella calló cuando él alzó la ceja, rápidamente se retractó aunque ella quería decir que le encantaba, que le encantaba que él fuera diferente.

—Soy de esos reyes que brillan en la oscuridad —ironizó, ella soltó una risita que fue callada cuando él se inclinó hacia ella y miró sus labios sin disimulo—, y tú Margaret, tú eres muy hermosa.

—Gracias, majestad.

—Soy Lucían, solo Lucían —respondió con media sonrisa, ella asintió y se alejó de él impidiendo que él tomara posesión de sus labios.

¿Será que él se había confundido?, ¿será que ella no era realmente la mujer que tanto esperaba?, ¿ese regalo que su abuelo le había dicho?

—Es mejor que duermas, estas cansada —indicó él girándose para caminar hacia la silla y sentarse. No la miró y ella se tuvo que tragar las palabras para no pedirle que él durmiera ahí, que lo mejor sería que lo hiciera en el camastro y que la abrazara; así ninguno de los dos sentiría el frío de la noche.

Lucían cerró los ojos cruzando los brazos para después echar la cabeza hacia atrás y dejarse envolver en el sueño y los recuerdos de la última vez que vio a su abuelo; a Nicolás.

—*Eres un buen soberano, Lucían —señaló el hombre mayor sosteniendo entre sus manos una pequeña bolsa de piel negra, el rey esbozó una sonrisa e inclinó su cabeza hacia atrás—, ¿a qué debo la visita, hijo?*

—*Necesito de tu ayuda, abuelo. Ahora más que nunca.*

—*¿Sucede algo con el pequeño Hudson?*

—*Él está bien, creciendo sano y lleno de vida. Quien necesita tu ayuda soy yo únicamente, abuelo —dijo avergonzado caminando hacia una de las sillas, el anciano lo imitó y lo siguió. El rey sacó un sobre de su abrigo y se lo tendió.*

—*¿Y eso?*

—*Es mi carta por noche Fría, ¿es que acaso soy muy mayor para recibir algún regalo? —bromeó causando que su abuelo riera a carcajadas. Él sonrió y el anciano tomó la carta entre sus dedos arrugados.*

—*¿Qué es lo que deseas, hijo? he de suponer que no quieres un carrito o una espada, ya que de esas tienes a montones.*

—*Deseo el amor, abuelo. Llevo muchos años cuidando de un reino entero y protegiendo a mi hijo, es hora de volver a sentir aquella llamarada que se llama amor —murmuró el rey poniéndose de pie encajando sus dedos en la vaina negra donde yacía su espada—, busco un amor diferente, uno que me envuelva hasta hacerme perder la razón, uno de otro mundo.*

—*¿Es eso lo que quieres, Lucían?*

—*Lo que anhelo, San Nicolás.*

—*Entonces lo tendrás.*

—*¿Y cómo lo sabré? —inquirió girándose, el anciano sonrió meneando la cabeza con diversión.*

—*La encontrarás en tu camino, ella aparecerá en tu camino y tú la cuidarás. Ella traerá el amor a ti y ambos dejarán de estar solos.*

—*¿Y cuándo será eso?*

—*Cuando los mundos se alineen, ella estará a tu lado guiando a tu pueblo —respondió el*

anciano con suavidad. El rey asintió sosteniendo entre sus dedos el anillo que por mucho tiempo había llevado, el anillo que su difunta esposa había puesto en su dedo.

—¿Lucían?, ¿Lucían? —susurró Maggy, golpeando con suavidad su hombro, él abrió los ojos y sacudió su cabeza viéndola.

—¿Qué sucede?

—Creo que escuché gritos y el trote de caballos —señaló, él se puso de pie de inmediato. Tomó su corona y se la puso saliendo de inmediato.

—¡Alteza! ¡Rey Lucían! —gritaron, él sonrió haciéndole señas a Margaret y ella se acercó.

—¡Aquí! ¡Aquí estamos! —exclamó en tono alto, viendo a su guardia seguido de una tropa grande. El guardia le sonrió y el rey agradeció que lo hubiera encontrado. Él le sonrió a Margaret y la abrazó para después acercarse hacia el caballo libre.

Unos ojos mágicos



—Llevo vestido, majestad, no puedo subir —expuso con voz temblorosa, él asintió inclinándose para pasar sus manos por su cintura, ella se sobresaltó y él negó. La levantó y la sentó en el lomo del caballo. Ambos se miraron, pero el grito del guardia hizo que dejaran de verse. El rey asintió y subió al caballo con ella, pegó su pecho a su espalda y la abrazó permitiéndole que escondiera su rostro entre su cuello.

El guardia y amigo del rey sonrió cuando lo vio verla y sonreír tontamente, hace mucho que no veía aquella sonrisa en Lucían, él siempre había sido un hombre feliz y lleno de vida y aunque después de la muerte de la reina él había seguido mostrándose fuerte; su sonrisa había cambiado. El rey lo conocía desde que ambos eran niños, eran tan amigos que cuando él se convirtió en rey le dio a León todo el poder de cuidarlo, le confió su vida y la de los suyos. Lo conocía tanto que podía asegurar que el rey se estaba enamorando.

El rey caminó a su lado, llevando las manos tras suyo y viéndola cada vez que ella pasaba sus dedos por su cabello ocultando su sonrojo. Más se acercaban y ella quedaba fascinada con el puente de madera viejo que tenía grabado símbolos de leones y osos, cuando el caballo del rey se detuvo ella pudo inclinarse y rozar sus dedos contra la piel fría donde yacía un león blanco y abajo el nombre del rey. El grito de uno de los hombres de Lucían la hizo alejar sus manos y levantar la mirada al ver aquel imparable reino, tan grande y tan hermoso como aquellos que describían en los libros de fantasía. Las puertas marrones tenía el símbolo de una ave y encima suyo una espada hermosa, aquel símbolo que los guerreros llevaban en sus pechos con orgullo. El portón fue abierto y ella se vio envuelta en grandes árboles alumbrados por lámparas pequeñas que daban la bienvenida a los recién llegados. Cuando entraron al reino Lucían pudo notar que los preparativos por la fiesta de noche fría no estaban listos, los pobladores corrían de un lado a otro preocupados y los niños prendían velas a la pintura del rey. Lucían sonrió viendo la pintura, ahí se veía más joven y sin algunas arrugas que ahora llevaba, sin duda alguna se veía mejor de lo que ahora estaba. Cuando el rey entró al campo de visión de todos; ellos soltaron un suspiro y se pusieron de pie de inmediato. Maggy retrocedió cuando vio a todos acercarse y él, esbozó una sonrisa sosteniendo su cintura sin percatarse.

—Estoy bien, estoy bien —repitió el rey, abriendo los brazos cuando su hijo Hudson se lanzó a sus brazos y lo apretó con fuerza. El rey se inclinó y besó la mejilla de su hermana y la frente de su padre, su hermano soltó el aire contenido y golpeó su hombro con suavidad seguido de su padre—.

Estamos bien, no tiene por qué preocuparse, yo no me perdería en mis tierras. ¿Qué esperan? en poco tiempo será la gran celebración y nada está listo. ¡Vamos, hay que celebrar que la noche Fría ha empezado!

Hudson se inclinó hacia Margaret y el príncipe Arthur le tendió su abrigo al igual que sus padres. Todos se adelantaron y el rey fue el último en entrar al reino. Él se fue directo a su habitación para darse un baño de agua caliente y alistarse para la gran fiesta y banquete. Él estaba seguro de que Margaret caería rendida a los brazos de Morfeo, y aunque tenía ganas de verla ahí, disfrutar y ser portador de sus sonrisas; no podía obligarla.

—Ya está listo, majestad. —Lucían asintió entrando a la pequeña habitación para después despojarse de aquella ropa sucia y húmeda. Pasó sus dedos por su cabello y luego se sentó en la tina mientras se echaba agua en el cuerpo con lentitud, disfrutando del baño y de cómo sus hombros dejaban de estar tensos. Minutos después salió de la tina caminando hasta su cama donde ya estaba su ropa blanca preparada para la ocasión.

Se cambió, cuando estuvo listo terminó peinándose y por esa vez no usó corona, esta vez, él era uno más del pueblo y de su gente. Arregló su traje y luego salió con dirección a la sala donde esperaba su familia para salir todos juntos. Arthur, como siempre, hablaba sobre sus conquistas y la belleza que él tenía, su hermana reía y negaba mientras hablaba sobre los preparativos de su unión con el rey de Quino.

—Su majestad —dijeron todos, él asintió tomando la mano de su madre con suavidad para después dejar un beso en su palma, hizo lo mismo con su hermana, miró hacia las escaleras con la esperanza de verla pero no apareció.

—Margaret es muy bella, ¿no es así madre? creo que ha llegado la hora de sentar cabeza —señaló Arthur con media sonrisa en los labios, pasando sus dedos por la barba oscura que rodeaba su quijada. Lucían le miró con dureza obteniendo una sonrisa burlona de parte de su hermano.

—Señorita, Margaret —lo corrigió el rey—, Arthur, no pierdas los modales.

—¡Nunca, su excelencia! —bromeó, causando la risa de todos. Cuando Lucían dio la orden partieron para estar con el pueblo y celebrar la fecha tan esperada.

Las casas estaban con largas guirnaldas de papel blanco y dorado, los árboles que había allí estaban llenos de esferas brillando de luz y el centro estaba pintado por una flor abierta, dándole la bienvenida a aquella estación. El centro había sido limpiado dejando ante la vista de todos, el símbolo del reino, y en el centro del ave estaba una vela de color rojo demostrando respeto. Las risas de los niños calentaban los corazones en aquella época tan fría, sus risas traían esperanza. Los tronos de los reyes estaban arriba; blancos y brillosos. La música, la comida y los regalos alrededor, solo faltaban las palabras del rey para que todo iniciara.

—Cuando era pequeño amaba que estás fiestas iniciaran —señaló el soberano con voz ronca y fuerte. Caminó hasta el centro llamando la atención de todos y ellos lo miraron sonriendo—, la libertad y la felicidad eran los ingredientes en estas conmemoraciones. Padre solía decir que éramos bendecidos, en ese tiempo no sabía a qué se refería.

»Ahora que soy rey, uno de hace muchos años, lo único que puedo decir es: Padre tenía razón, somos bendecidos, tenemos salud, alimento y un techo que nos protege de las grandes tormentas. Tenemos felicidad y lo más importante...

—¡Tenemos una familia! —dijeron todos al unísono, Lucían sonrió orgulloso. Él juntó sus palmas e inclinó su rostro.

—¡Demos inicio a la noche Fría! ¡Por San Nicolás! —exclamó el rey Lucían y toda la familia real se puso de pie.

—¡Por San Nicolás y por el rey! —Él carcajeó, los pobladores aplaudieron para después encender las velas que rodeaban todo el pueblo, la música empezó a sonar y la pintura de colores fue puesta en el centro dando inicio a la celebración. Él rey se giró viendo como a lo lejos una silueta se acercaba con timidez. Él se puso de pie y se apresuró a llegar hasta ella encontrándose con aquellos ojos chocolate.

Ella vestía de blanco; como todos, pero sin lugar a duda se veía hermosa. Su cabello oscuro caía en sus hombros como cascada y en su cabeza descansaba una corona de rosas. El vestido era largo y sencillo, esta vez, como ella. Esa noche Maggy quería bailar y reír, quería hacerlo junto a Lucían.

—Permítame que le diga lo hermosa que usted está —murmuró con voz ronca, ella esbozó una sonrisa viéndose así misma con uno de los vestidos de la princesa y hermana del rey. Era un sorpresa y por el rostro de Lucían sabía que lo había conseguido. Él se colocó a su lado y elevó su mano mirando al frente con una sonrisa en los labios, ella mordió el interior de su mejilla y levantó el brazo posando su mano con lentitud sobre la de él, manteniendo una distancia prudente—, muy hermosa.

—Majestad, usted logrará que parezca tomate.

—¿Está mal que le dé un cumplido?

—Está mal el efecto que causa —murmuró ella y él carcajeó negando divertido hasta que llegó con su familia. Todos se saludaron y se sentaron en el centro viendo como todos bailaban y reían encantados, la pista estaba llena de pintura y aquella ropa blanca ahora tenía muchos colores.

Una niña se acercó y tendió la mano hacia Maggy, ella abrió los ojos y miró al rey viendo que él asentía. Ella bajó y tomó la mano de la niña mientras era guiada hacia el centro con la familia de la pequeña, ellos saltaban y otras veces se tomaban de las manos para hacer una rueda y jugar, otras se manchaban y reían a carcajadas. Cuando le lanzaron pintura en el rostro, ella apretó los labios y miró al malhechor, solo pudo descubrir unos ojos traviosos y de un color hermoso. Lucían reía provocando que sus ojos se achinaran y las líneas a cada lado de sus ojos se marcaran al igual que las de su frente. El rey reía a carcajadas y ella lo único que atinó a hacer fue tomar pintura y lanzarla a su rostro dejándolo mudo. Todo permaneció en silencio e incluso la música dejó de sonar.

Margaret maldijo internamente, ella había manchado el rostro del rey *¡Seguro y la mandaban a decapitar! ¡Pero que tonta!* ni con un hombre de otro mundo podía hacerlo bien.

Pero un estruendo hizo que Maggy saliera de sus pensamientos y el silencio se rompiera. El rey reía a carcajadas, tomando pintura para lanzarle a ella y a su familia que a los minutos se les unieron manchándose unos a otros. El rey caminó peligrosamente hacia Maggy y la mujer corrió aun cuando él la llamaba entre risas. Cuando creyó que había salido de su visión fue envuelta en un abrazo y luego sintió los vellos de su cuello ponerse de punta.

—Te tengo —susurró contra su cuello, Maggy abrió los ojos avergonzada al notar más de una mirada en ellos—, y no pienso dejarte ir.

—Me tienes —afirmó ella con media sonrisa en los labios, Lucían asintió sonriendo provocando que las citas a cada lado se remarcaran con ímpetu. El nombre del rey fue gritado y él se giró sonriendo para después mirarla y guiñarle un ojo con picardía. Ella se quedó ahí hasta que fue jalada para seguir bailando en esta oportunidad con el príncipe Arthur.

—Te gusta —afirmó risueño, ella abrió los ojos negando repetidas veces. El príncipe se colocó a su lado y elevó su mano hacia ella, Maggy sonrió viendo la sonrisa pícara del príncipe y ella terminó colocando su mano encima de la suya. A pasos cortos caminaron hacia el centro y luego a bailar.

El príncipe era sumamente guapo aunque el rey le ganaba en madurez y antaño, Arthur era del porte de su hermano, de piel oscura y ojos verdes intensos. Siempre sonreía y siempre estaba coqueteando con cualquier fémina que cruzara su mirada; él era único y de sonrisas prestadas. Parecía tan relajado, como si nada le importara y mucho menos tenía interés en la corona. Más de una muchacha lo había mirado, más de una se había avergonzado cuando él las había sorprendido viéndolo y luego él solo sonreía y hacía una reverencia.

—Creo que el licor está alterando su cerebro, majestad —ironizó ella cuando él se acercó moviendo los hombros de un lado y haciendo unas muecas divertidas. Ella se tapó el rostro cuando él le lanzó pintura y ambos estallaron en carcajadas. El príncipe le recordaba tanto a su hermano Omar, ¿estarían ellos preocupados por su ausencia?

Al escuchar fuertes carcajadas, el rey se giró encontrándose con su hermano a lado de Margaret y a ella riendo. Él frunció el ceño y lanzó una mala mirada al ver sus ojos cómplices, sabía que su hermano era un conquistador nato y también sabía que cualquier chica caía en sus encantos, pero Maggy no.

Lucían se acercó hasta ellos y le lanzó una mirada furtiva a su hermano, el cual juntó los labios y levantó sus manos en rendición, cuando Maggy giró, ella tropezó y terminó en los brazos de su salvador. El rey bajó sus ojos encontrándose con los chocolates asustadillos de ella, él la miró fijamente y dejó su mano reposar en su cintura con delicadeza.

—Sin duda ha sido el mejor inicio de noche Fría —musitó el rey, ella asintió separándose con lentitud. Lucían se inclinó pasando sus dedos por las mejillas manchadas de ella para después deslizar su dedo por la pequeña perla que se encontraba bajo su labio; tan pequeña que había pasado desapercibida ante sus ojos—, ¿y esto?

—Es una perforación —murmuró pasando sus dedos por su cabello hecho un lío y lleno de pintura, aunque ella creía que se veía horrible ante los ojos del rey, Lucían creía que ella era la criatura más hermosa que jamás había visto—, me la hice cuando era muy joven, y mira... aún está aquí.

—Es hermosa como tú —concluyó el rey, levantó su mirada viendo como todos se divertían e incluso sus padres. Se atrevió a tomar su mano con suavidad y la alejó guiándola lejos de la festividad, ambos subieron las escaleras en silencio y él empujó la puerta para que ella ingresara. Era un salón espacioso, con espejos y colores por todos lados, él no encendió las velas y ella lo agradeció—. Te enseñaré algo hermoso.

Ella asintió y él abrió las ventanas para después con media sonrisa girarse y estirar su mano hacia ella, Maggy no dudó y la tomó con suavidad acercándose hacia donde estaba él. Lucían le señaló el cielo y minutos después miles de fuegos artificiales fueron encendidos llenando de luz el

cielo oscuro. Los niños gritaban felices y ella no podía apartar sus ojos de aquella luz que brillaba y rompía en el cielo. La gente reía abiertamente y saltaba, aquello los hacía tan feliz, pero en su mundo la felicidad era más cara.

Él se inclinó y ella se giró viéndolo sonreír como niño pequeño. Sus facciones estaban suaves y una que otra arruga se marcaba por su sonrisa; pero era eso lo que le hacía un hombre atractivo. Él era ese arte lleno de líneas desgastadas, ese tipo de arte que pocas sabían apreciar.

—Cuando Arthur nació, nuestra madre solía traernos aquí —comentó él con suavidad, Maggy lo observó y le sonrió animándole a que siguiera hablando—, él era un bebé que se aburría con los bailes, pero a mi madre le gustaba tenernos cerca aun cuando tenía la opción de que nos cuidaran en nuestras habitaciones, a ella le gustaba escucharnos reír. Cuando los fuegos artificiales empezaban a dar luz al cielo ella nos traía aquí.

»Arthur dejaba de llorar y miraba el cielo, yo estaba sentado a su lado sosteniendo su mano y viendo aquel espectáculo. Podíamos pasar muchas horas aquí viendo el cielo y sonriendo, éramos muy felices, y no digo que ahora no lo seamos, cuando crecimos igual nos escapábamos para ver el cielo.

—Ustedes parecen ser muy unidos, aunque tengan personalidades opuestas.

—Sí, aunque parezca lo contrario. Arthur es mi hermano y lo amo, que no esté de acuerdo con sus decisiones no quiere decir que no lo ame.

—Yo amo a mis hermanos, pero mi cómplice es mi hermano segundo —señaló ella viendo el cielo, se inclinó recostándose en la pared para estar un poco más cómoda—, cuando éramos pequeños reuníamos dinero un mes antes, en navidad comprábamos *candelias* y muchos juegos pirotécnicos, pero no tan peligrosos. Amábamos correr por el campo con las *candelias* encendidas; era algo hermoso.

—¿Él tiene la edad de Arthur?

—No, él es un año menor que yo. —El rey volvió a ver el brillo en sus ojos—, mis padres no perdían el tiempo.

—¿Y tus hermanas?

—Mellizas de veinticinco años, ambas casadas y con niños —comentó, girándose para encontrarse con aquellos ojos esmeralda que parecían que querían devorarla lentamente, ella apartó la mirada y él sonrió—, ambas de niñas eran muy lloronas, si no le dábamos un juguete lloraban, si no le prestábamos atención lloraban.

—Como Griselda, ella fue la luz en la familia cuando llegó. Mi padre había querido tener una niña y cuando ella nació él estaba loco por ella. Arthur y yo peleábamos constantemente por su atención, era una niña hermosa, pero con tendencia a llorar mucho.

Y así pasó la noche. Ambos hablando de su familia, riendo de sus anécdotas y en más de una ocasión rozando sus dedos y viéndose fijamente. Cuando regresaron al baile permanecieron lejos, pero se buscaban entre los demás y se dedicaban sonrisas, él le guiñaba el ojo y hacía una inclinación en su dirección. Cuando la fiesta terminó, él se apresuró a llegar hasta ella para acompañarla. No hablaron, no fue necesario. Se sonrieron y un suave roce de los dedos de él contra su mejilla fue suficiente.

Un ángel de ojos claros



Día dos.

El rey se mantuvo en su lugar observándola dormir. Ella mantenía una sonrisa en los labios y su cabello oscuro estaba esparcido en la cama adornando las sabanas doradas. Ella tenía una pequeña cicatriz en los labios y una joya bajo estos, eso los hacía más que perfectos. Él no pudo resistirse a la idea de ir a observarla a hurtadillas, quería verla dormir y que fuera él quien le diera los buenos días; quería detener el tiempo en aquellos momentos y también asegurarse de que las sonrisas cómplices había pasado y no era parte de su imaginación. Apenas y había podido dormir pensando en ella, en su voz y en lo que estaba provocando. Apenas y la conocía, apenas y sabía su historia pero él ya la estaba queriendo.

Había tardado en conciliar el sueño, él solo había estado pensando en cómo sus labios se movían, en como sus ojos se achinaban cuando reía a carcajadas. Le gustaba la manera en como inclinaba su rostro cuando estaba avergonzada, ella esquivaba su mirada y rascaba su oreja. Ella era adorable.

Cuando ella abrió los ojos dio un respingo encontrándose con sus ojos esmeraldas, él sonrió con las mejillas teñidas de rojo por el clima tan pesado.

—Fue inevitable no venir aquí, Margaret —susurró sentándose a su lado, ella lo imitó y pasó sus manos por su cabello con vergüenza, él rió inclinándose para sacar algunas hojas de flores de su cabello—, eres muy hermosa.

—¿Es que acaso debo tener cuidado del rey?

—Sí, dicen que soy uno de los ladrones más buscados —musitó inclinándose hacia ella—, puedo terminar robando tu corazón.

—Parecía ser un rey correcto y no uno que se mete a hurtadillas en la habitación de una invitada —señaló entre risas, él ladeó la cabeza y apretó sus manos y soltó una carcajada, Maggy mordió su labio para no dejar escapar un suspiro, uno de enamorada. Él ni se esforzaba y terminaba cortándole la respiración. Ella estaba actuando como una adolescente que se enamora por primera vez.

Le gustaba la manera en cómo las tres líneas de su frente se remarcaba, al igual que las pequeñas líneas de sus ojos se marcaban cuando Lucían cerraba los ojos. Él parecía ser una obra perdida de

Miguel Ángel, y aunque ya era un hombre mayor, la belleza seguía ahí, no se esforzaba y terminaba captando la atención completa de ella.

—Es que yo no tengo la culpa —expresó el rey, soplando ante la mecha que caía en su frente, las demás estaban siendo retenidas por la corona que llevaba en su cabeza. Se inclinó y ella sujetó con fuerza las sabanas—, es usted la culpable por ser hermosa.

—No debería estar aquí, majestad, alguien puede verlo salir de aquí y pensar mal.

—Está bien, no voy a provocar que manchen su imagen —murmuró poniéndose de pie, provocando que la capa roja que llevaba se moviera con sutileza, ella sonrió y él la miró encantado—, te veré abajo, tengo que mostrarte algo maravilloso de mis tierras, ¿estás de acuerdo?

—Me encantaría ir.

—Entonces la espero, Margaret —susurró e inclinó su rostro, ella mordió su labio viéndolo salir y luego nuevamente la habitación en silencio quedó. Soltó el aire contenido llevándose las manos a las mejillas calientes y lanzó un grito como una niña de quince que se enamora del muchacho más guapo del colegio.

Pero es que en parte era así; él era el hombre más guapo que jamás había visto, era amable, atento y cariñoso. Era la mezcla de aquel hombre que por años había buscado y que ahora había encontrado en un mundo al que no pertenecía. Un mundo lejos de ser real.

A los minutos vinieron para ayudarla a cambiarse, ella cantó mientras se daba un baño de agua caliente, media hora después estaba bajando con un vestido blanco y un largo abrigo celeste que se amarraba en su cuello. Su cabello estaba suelto cayendo como cascadas en sus hombros. Cuando bajó se encontró con toda la familia, asintió saludando para después sentarse junto a Griselda, que la alagó y le sonrió afable; Arthur hizo uno de sus comentarios coquetos y el rey le sonrió desde su lugar.

—Se las robaré por unas horas —señaló Lucían, viendo como Griselda reía a carcajadas por algo que Margaret había dicho, su hijo también sonreía y Lucían amó aquellos momentos, ya hasta parecían una familia. Cuando habló, todos giraron su rostro hacia él, fue Arthur quien con un movimiento de cejas logro avergonzarlo—, me gustaría enseñarle el bosque blanco, sé que le gustará.

—¿El bosque blanco?, ¿lo dices por la nieve?

—No, querida, el bosque es blanco —comentó Griselda sonriéndole con cariño—, las hojas de los árboles son blancas y mágicas, con ellas muchas personas se han podido curar. Es un bosque encantado y protegido.

—Debí sostener mi cámara antes de venir aquí —susurró Maggy poniéndose de pie. Se despidió de todos y caminó hasta Lucían que mantenía una sonrisa en su rostro.

—Señor, ya está el carruaje —avisó Hemir, el rey negó viéndolo—, ¿majestad?

—Ensilla un caballo, Hemir, iremos solos para disfrutar.

—Excelencia, no puede ir a caballo, usted sabe lo peligroso que puede ser —exclamó su madre, Arthur negó poniéndose de pie para llegar hasta donde estaba su hermano mayor.

—Madre, ¿no conoces a Lucían? recordemos que no siempre fue rey y que fue uno de los mejores en tropa, recuerda también que nadie en su juicio enfrentaría al Dios de la Espada —bromeó con aquel apodo, Margaret lo observó confundida y Lucían negó restándole importancia. Hemir se alejó y a los minutos volvió avisando que el caballo estaba listo.

Lucían la ayudó a subir al caballo con cuidado, ella rió cuando la sostuvo de la cintura y él negó divertido. Por último el rey subió al caballo y tiró de las correas alejándose de ahí a paso lento. Griselda sostuvo la mano de su hermano mayor Arthur, sintiendo aquel calorcito de felicidad. Hace mucho no veía a su hermano tan feliz, hace mucho no veía aquel brillo en esos preciosos ojos.

— ¿Han visto como brilla Lucían?

—Nunca había visto esa sonrisa en papá —contestó Hudson, siendo abrazado por su abuela—, ¿creen que ella sienta lo mismo?

—Ella también brilla, ella ha llegado a la vida de tu padre como un regalo atrasado —Arthur se giró y entró, dejando a su familia afuera viendo a la pareja partir.

Lucían cerró los ojos cuando el cuerpo de ella vibró contra el suyo, ella estaba riendo a carcajadas ya que él había recordado las travesuras que hacía de niño con su hermano, ella parecía encantada al escucharlo hablar, parecía que no se aburría con su compañía.

—Creo que nos siguen —murmuró Maggy viendo hacia atrás, el rey tiró de las correas y ella se asustó, apretó con fuerza sus brazos. La sonrisa del rey se esfumó y en más de una ocasión miraba hacia atrás asustado. Ella cerró los ojos y rezó el Ave María cuando escuchó los trotes detrás—, ¿por qué no escuchó a su madre? ¡Debimos venir en el carruaje!

Él mordió su labio inferior cuando se detuvo, la observó temblar y no pudo aguantar carcajearse a su costa. Maggy le miró confundida y echó una rápida mirada hacia atrás viendo como aquellos que los estaban siguiendo se habían detenido, hicieron una inclinación hacia ella y reconoció el escudo, se sintió patética. Lucían lo había sabido desde el principio y solo se había burlado.

—¡Que idiota eres! ¿No pensaste en mis sentimientos? —masculló golpeando su hombro, las comisuras de los labios del rey se elevaron en una sonrisa burlona—, ¡No le veo lo gracioso! creí que nos estaban siguiendo.

—Yo le veo mucha gracia —se burló bajándose del caballo, la ayudó a bajar y cuando ella piso tierra se alejó molesta—. Me ha faltado el respeto y yo me lo he tomado muy bien.

—No pienso pedirte disculpas por llamarte idiota, fue una broma pesada por más rey que seas.

—No te molestes, mejor disfrutemos de la belleza que nos da la naturaleza —farfulló cerca de ella. Margaret se giró y entre abrió la boca al ver aquella imagen tan hermosa, incluso parecía una pintura.

Era un bosque blanco, las hojas blancas de los árboles se meneaban con lentitud ante el soplo del viento, alrededor de estos había hojas secas que aún tenían el brillo. Ella caminó con torpeza hasta que tuvo entre sus manos una hoja, la sacudió, pero siguió teniendo aquel bonito color. Ella vio algunas aves sentadas en las ramas de los árboles, cantaban alegremente ignorando su presencia. El lugar realmente parecía mágico, la manera en la que soplaba el viento y las hojas se menaban mostrando su brillo, su rareza que robaba suspiros.

—Esto es el paraíso —cuchicheó girándose hacia Lucían, él asintió.

—Mi padre nos trajo aquí cuando yo cumplí diez años, él me dijo que este lugar era mágico, que si quería pedir algo lo hiciera de corazón —comentó inclinándose hacia adelante, ella le miró esperando que continuara, él sonrió—, cuando mi esposa murió quise venir aquí, pero mi padre me dijo que no podía ganarle a la muerte, que cuando las almas cruzan el portal ya no se puede hacer nada.

—¿No viniste?

—Lo hice, pero pedí otro deseo: paz en mi reino y que Hudson creciera rodeado de amor. Ella había partido y Hudson estaba sin su madre, debía ser lo suficiente fuerte para que él nunca se sintiera solo.

—Hiciste un buen trabajo, él es un muchacho maravilloso —dijo mientras él regresaba hasta el caballo para sacar una manta, luego uno de sus oficiales se acercó con una canasta, él le agradeció y volvió con ella. Le tendió la canasta y el rey colocó la manta en el suelo, muy cerca de uno de los árboles, volvió por la canasta y la colocó encima—, ¿tenías todo esto pensando, majestad?

—Improvisé —bromeó tendiéndole una mano para ayudarla a que se sentara en el suelo. Ella forzó una sonrisa recostándose al árbol mientras él sacaba las cosas de la canasta, sacó una botella de vino y la vertió en dos copas pequeñas; le tendió una y se recostó a su lado—, te traje aquí para que puedas pedir tu deseo, Margaret. Tú no mereces estar sola, muchos dicen que una pareja ata, pero cuando se encuentra el verdadero amor; te libera.

—¿Estás seguro? por pedir un deseo estoy aquí, y no sé si esto es un sueño o es real.

—Creo que es real —señaló él con una sonrisa, se inclinó y rozó sus labios contra la mejilla de ella, que se mantuvo quieta. Él sonrió y se alejó—, ¿se sintió real?

—Muy real —aseguró recostándose. Miró alrededor y soltó el aire contenido para después llevarse la copa de vino a los labios y dar un corto sorbo, cerró los ojos y suspiró—, hace mucho no tomaba un buen vino.

—¿Cómo son tus padres?

—Ella es buena, pero algo jodida. No ha dejado de buscarme novio, siempre “*sugiriéndole*” a los hijos de sus amigas que soy exitosa, guapa y soltera. —Hizo comillas y él sonrió como si estuviera diciendo algo muy interesante—, papá es un hombre maravilloso, jovial y cariñoso. Ambos se complementan, mi madre le da su dosis de locura y él su dosis de realidad.

—Suena como una pareja genial, ¿tú vives con ellos?

—¿Qué? ¡No! —exclamó divertida, dio un último sorbo al vino y él tomó la copa y la dejó dentro de la canasta—, de donde yo vengo, los hijos alzan su vuelo y se hacen independientes.

—¿Tienen alas?

—No —contestó risueña, negando ante su ingenuidad—, los hijos ya no viven con sus padres, ellos estudian, se casan y viven muyyy lejos de los padres.

—¿Eso está bien? —Él sacudió su cabello y se giró para verla bien, el ceño fruncido del rey provocó las ganas de querer alargar la mano para acariciarlo con vehemencia. De acariciar las

arrugas de su piel y los fines labios que ahora estaban siendo su perdición.

—Ajá, yo me fui muy joven, actualmente vivo lejos de ellos y tengo un buen trabajo.

—¿Vives sola? —Asintió, tomó la uva que él le tendía, levantó la mano y se la lanzó, él con rapidez se movió y abrió la boca, y la uva cayó directamente en su boca. Ambos rieron y ella amó la manera en como sus ojos se achinaron con dulzura—, ¿no te sientes sola?

—Sí, pero con el tiempo uno se acostumbra.

—¿Quién te recibe cuando llegas del trabajo?, ¿con quién almuerzas?, ¿tu cama siempre está fría?

Ella mordió su labio y se puso de pie, él la imitó y la siguió mientras ella tomaba fotos mentales de aquel lugar fantástico. Abrió las palmas de sus manos y las juntó dejando que más de una hoja cayera en ellas, sonrió y las guardó con la esperanza de despertar y tenerlas consigo.

—Las cosas en mi mundo son muy diferentes. El amor es más liberal, no necesitas un novio para que te caliente la cama.

—No entiendo.

—Sexo, majestad, las personas tiene sexo y dicen pocos te amos.

—¿Y así quieres regresar a ese lugar? suena terrible, un lugar vacío y carente de un sentimiento tan puro como es el amor.

—Yo soy parte de esa sociedad.

Ambos se quedaron en silencio, ni él habló y mucho menos ella. Regresaron al castillo, y cuando él quiso hablar, ella se excusó diciendo que estaba cansada y que quería dormir. La vio partir, lo único que vio fue una media sonrisa en aquellos bonitos labios. Lucían soltó el aire contenido y pasó sus manos por su cabello desordenándolo aún más, caminó de regreso y subió las escaleras con dirección al salón donde estaba el piano. Pasó sus dedos por las teclas y cerró los ojos.

—¿Y él para siempre?

—¿Qué pasa con él? —preguntó él con suavidad, pasando sus dedos por sus piernas, ella rió echando la cabeza hacia atrás mientras él repartía besos por su cuerpo.

—¿Nosotros tendremos nuestro para siempre?

—Nosotros tendremos nuestra feliz vida, no un final. Tenemos toda la vida para amarnos y tener niños.

—Pareces salido de un libro, Lucían.

—No, mi reina, soy muy real. Crecí viendo a mis padres amarse, crecí entre valores y paz. Es lo que yo busco.

—Te amo.

—Yo te amo más, mi reina. —Ella sonrió tomando su rostro entre sus manos para inclinarse y besar sus labios. Él se acercó más para tenerla pegada a su cuerpo, pegada a su pecho y que escuchara su corazón latir como loco ante su sola presencia.

—La última vez que tocaste fue cuando ella nos había dejado, ¿qué pasó ahora? —La voz de su

hermano lo hizo sobresaltar. Lucían sonrió y apartó sus manos de las teclas para después golpear con suavidad el asiento a su lado, Arthur con rapidez se sentó—, ella parece tener un hechizo por ti.

—No es así, ella quiere irse de aquí.

—He visto cómo te mira, eso no se niega.

—¿Y cómo me mira? —Aclaró su garganta y su hermano se echó a reír—, oh, cállate.

—A ella le brillan los ojos.

—Apenas y nos conocemos, ¿cómo le van a brillar los ojos?

—Cuando se encuentra el verdadero amor no se necesitan días o años para descubrirlo —señaló deslizando sus dedos con avidez por las teclas, creando una primorosa melodía.

—Lo dice el experto que enamora, pero no quiere casarse —dijo burlón Lucían.

—El hecho de no haber conocido el amor no quiere decir que no crea, al contrario; lo espero con ansias —comentó divertido dejando de tocar—, cuando ambos se miran parece que los mundos chocaran, ustedes se sonríen de la misma manera que lo hacen papá y mamá. No proyectes los momentos, y mucho menos cuando se trata del amor, ve por ella y se sinceró con lo que sientes. A veces la vida se trata de arriesgar para ganar, y más cuando se trata de amor.

Cuando tus labios me hablen



Día tres.

—¿Margaret? —Ella se sobresaltó al escucharlo y terminó lanzando el pastelillo al suelo, ella se llevó la mano al pecho y gritó girándose hacia un travieso príncipe y un risueño rey, ambos con la mirada inocente y las manos escondidas—, ¿pero qué pasó aquí?

—Nada, Griselda me dijo que estarían de caza.

—Hudson recordó que tenía una cita con la princesa morada —bromeó Arthur viendo pasar a su sobrino con rapidez, Maggy esbozó una sonrisa al verlo pasar con las mejillas rojas. Ella se giró fijando sus ojos en los de Lucían y él le guiñó un ojo —. ¡Par de tortolos!

—¿Sería una falta de respeto si le tiro la olla al príncipe? —preguntó Maggy, el príncipe abrió los ojos retrocediendo lentamente.

—Será nuestro secreto —bromeó Lucían, viendo a su hermano huir de ahí. Ambos soltaron una carcajada y él se acercó para tomarle las manos con delicadeza, se inclinó y besó sus nudillos sin dejar de verla—. ¿Cómo amaneciste?

—Muy bien. Hoy cuando me desperté encontré una rosa y mi nombre, ¿usted acecha mi habitación cuando nadie se da cuenta? —Él aclaró su garganta y ella se sorprendió por el color carmín que apareció en sus mejillas. Los hombres que ella había conocido no se sonrojaban, ella estaba segura que ante su pregunta habrían soltado alguna palabra atrevida, pero nunca se hubieran sonrojado.

—Es que aquí se considera pecado que una mujer tan hermosa nos niegue su sonrisa, así como un vil ladrón, entré y tuve la dicha de ver su belleza, ¿eso está mal? —bromeó, ella sonrió en su dirección—. Hay una celebración cerca del riachuelo, los aldeanos celebran el año frío y bailan hasta el amanecer.

—Eso se oye como las fiestas por año nuevo, todos los jóvenes huyen de sus casas a celebrarlo en la playa —comentó distraída, sin darse cuenta que Lucían la escuchaba atentamente—, bueno, también los que no somos tan jóvenes.

—Entonces vamos, Arthur también irá, ¿te parece bien?

—¿Ahora?, ¿y tus padres?

—Ahí está el asunto. Iremos como simples aldeanos y no como reyes, Arthur nos conseguirá ropa y allá nos veremos con uno de mis primos, ¿te parece bien? —Ella sonrió traviesa y levantó los pulgares.

—¿Treparemos el balcón para que nadie se dé cuenta?

—Creo que más bien escaparemos por atrás, será una cruzada llena de peligros, ¿estás dispuesta a seguirnos, doncella? —le preguntó con seriedad, ella golpeó su hombro con suavidad soltando una risita, él sonrió e hizo una inclinación—, tu ropa debe estar ya en la habitación, golpearé tu puerta y saldremos, ¿bien?

—Nos vemos, majestad —finalizó alejándose de ahí, Lucían esbozó una sonrisa.

Maggy recogió su cabello en una coleta y encima se puso la tela blanca que envolvía su cabeza, alisó el traje gris y se sentó en la cama poniéndose unas zapatillas del mismo color y cómodas. Ella ya estaba lista y solo esperaba que Lucían tocara la puerta y saldría de ahí, dio unas cuantas vueltas hasta que la puerta sonó, soltó el aire contenido y se apresuró a abrir. Lucían entró de inmediato y le sonrió.

Él había dejado su corona y su traje por uno del color de la ropa de ella, su cabello estaba cubierto por una tela negra que la amaraba atrás, algunas mechas se salían rebeldes. Él le sonrió abiertamente.

—Como princesa, como doncella y como reina del apartamento, te ves hermosa. —Ella sonrió cuando mencionó lo del apartamento, él realmente escuchaba todo lo que ella decía—, debemos darnos prisa, Hudson está con una amiga y mi padre de caza, mi madre está con su hermana, luego te la presento.

Él tiró de ella y ambos salieron de la habitación, tuvieron que esconderse más de una vez cuando las doncellas pasaban, cuando llegaron a la cocina, ellos se volvieron a esconder en un lugar reducido donde ella estaba sujeta por él, Lucían miraba la puerta y ella miraba sus labios. Después de largos minutos lograron salir y se camuflaron entre los aldeanos de su reino, en una esquina había un hombre con el rostro inclinado, cuando los vio levantó la mano y Maggy supo que era el príncipe, él le regaló una sonrisa coqueta.

—Sí que tardaron, ¿qué hacían polluelos?

—Avanza, Arthur, no te olvides que hablas con tu rey.

—Odio cuando te vuelas egocéntrico —refunfuñó, Maggy mordió su labio tomando el brazo que Lucían le tendía. Los tres salieron del reino y Arthur señaló los dos caballos que había conseguido para escapar de ahí, el príncipe subió a uno mientras que Maggy y Lucían subían al segundo caballo. Cabalgaron unos metros hasta que llegaron cerca del río, bajaron de los caballos y los aseguraron para que no escaparan, y mucho menos lo robaban—. Bien, Maggy tú estás casada con Lutanio.

—¿No hubo un mejor nombre? —Lucían hizo una mueca y Arthur se encogió de hombros mientras se movía, a lo lejos se escuchaba la música y los gritos alegres de los aldeanos. Maggy se sostuvo del brazo de Lucían, cuando llegaron, todos les dieron la bienvenida sin reconocer al príncipe,

mucho menos al rey.

Reían y bailaban, los vasos de barro con licor pasaban de mano en mano, las parejas ocupaban la pista y bailaban sin detenerse. El príncipe llevaba horas desaparecido y Maggy no había soltado el brazo del rey en ningún momento, cuando una canción más lenta sonó, ella se giró y lo miró. Las mejillas de Lucían se colorearon y aceptó. Nadie estaba en la pista y ella avergonzada dio un paso hacia él, dejó descansar sus manos en los hombros del rey.

—¿Qué haces?

—Te enseño un poco de baile —susurró ella viéndolo, él sonrió mirando alrededor—, tienes que colocar tus manos en mi cintura. Vamos, hazlo.

Él asintió y titubeando hizo lo que ella le pidió. A los minutos la pista estaba nuevamente llena y ella aprovechó para retroceder y tener un poco más de espacio, se movió lentamente y dejó de verlo, a los minutos él era quien dominaba en el baile. Él reía y echaba la cabeza hacia atrás mientras sus dedos apretaban sus caderas con fuerza, pero sin lastimarla. Ella se inclinó y recostó su cabeza en su pecho disfrutando de aquel momento tan placentero. Hace mucho no se divertía tanto, ni cuando estaba con sus amigos.

—Mi padre suele decir que el baile aquieta el corazón de un rebelde —apuntó ella con suavidad, él bajó la cabeza permitiéndose dejar sus labios pegados a su frente. El sonido era lento y suave como un susurro del viento—, cuando ellos peleaban, mi padre llevaba su grabadora y se ponía a bailar en el corral de los pavos, se movía hasta sudar y luego regresaba para hablar con mi madre.

—Él parece un hombre sabio.

—Tú me recuerdas a él —susurró levantando la cabeza, él sonrió inclinándose hacia ella para dejar un suave beso en su mejilla, Maggy deseó que fuera en sus labios—, no sé qué me pasa contigo, Lucían, me tienes hechizada en tu mundo.

—Quisiera que no te fueras de aquí.

—Quisiera poder quedarme —Ella soltó una risa cuando él la hizo girar, terminó apoyada en su pecho y él inclinado hacia ella, se miraron para después solo compartir una tímida sonrisa y seguir bailando.

—Tienes unos ojos muy bonitos, cuando ríes, ellos deslumbran. —Señaló él pasando sus dedos por sus mejillas, ella sonrió y cerró los ojos disfrutando de aquellas inocentes caricias.

—Yo diría lo contrario, ¿has visto tus ojos? tienes los ojos más hermosos que jamás haya visto.

—Aduladora.

—Rey guapo.

—Mentirosa.

—Cautivante.

—Así no juego —bromeó rozando sus narices, ella sonrió y tomó su mano. Caminó lejos de ahí y evitó a toda costa girar y encontrarse con aquellos ojos devastadores, no quería enfrentarse con el hecho de tener su mano entre la suya y que ésta le provocara más de una corriente eléctrica. Se detuvo viendo el río y se sentó, Lucían la imitó—, ¿tratas de secuestrarme?

—No lo sé, ¿quieres que te secuestre? —señaló juguetona.

—Si eso hace que no te vayas de aquí, adelante, secuéstrame —pidió, poniéndose de pie y quitándose el pañuelo que llevaba alrededor del cabello, las ondas oscuras se desparramaron en su frente y él sonrió causando que sus hoyuelos se marcaran aún más. Se puso de pie y volvió a tomar su mano con suavidad—, quiero besarte, Margaret, y eso está mal. Te conozco hace tres días, pero quiero besarte.

—Hazlo, ¿qué te detiene?

El suspiro y se giró, se inclinó y tomó entre sus manos su rostro, la observó y sonrió gustoso viendo el rubor en sus mejillas. Acarició con sus dedos su rostro, miró aquellos labios gruesos y luego esos pequeños ojos oscuros delineados y protegidos por espesas pestañas, observó cómo se reflejaba entre aquellos luceros y no pudo evitarlo, aunque lo quiso. Cerró los ojos y se inclinó rozando sus labios con lentitud, se acercó aún más a ella y la besó. La besó con desesperación, la besó con locura y con amor, la besó mostrándole quien realmente era él; la besó queriendo que cambiara de opinión y que no se marchara. Él no quería dejarla ir, no quería.

Ella sonrió sobre sus labios, envolvió sus manos alrededor de su cuello para volver a estampar sus labios contra los de él. Esa noche se besaron sin detenerse y los únicos testigos fueron la luna y las estrellas, los únicos testigos de ese amor tan frágil.

No te vayas



—Debo irme, es una tradición —susurró recostado en el marco de la pared, ella sonrió pasando sus dedos por su cabello para peinarlo con rapidez—, estás hermosa, Margaret.

—Adulador —bromeó robándole una sonrisa, él se inclinó y besó su frente con suavidad—, ¿volverás?

—Es solo caza, Margaret. Prometo volver a tiempo.

—Entonces te reservaré la primera pieza de baile.

—Por favor —susurró con media sonrisa, tomó su mano con delicadeza llevándosela a los labios para dejar un beso ahí, ella asintió y lo vio alejarse lentamente. Cerró la puerta y caminó hasta la ventana, se asomó y lo vio llegar con los demás, él sonreía dando la mano como un simple aldeano y no como un rey.

Margaret sonrió pasando sus dedos por sus labios, cerró los ojos y se recostó en la ventana viéndolo reír a carcajadas subido en el caballo. Su cabello caía en su frente y cubría aquellas orejas tan pequeñas que tenía, él negaba repetidas veces y echaba la cabeza hacia atrás cuando la risa era cada vez más fuerte. Ella se quedó por largos minutos observándolo hasta que él se giró y le sonrió abiertamente.

«*Creo que estoy perdido, Margaret*» Recordó que murmuró sobre sus labios, ella rió ante la suave caricia de sus dedos.

Ellos habían llegado tarde al castillo, pero a tiempo para que nadie notara su ausencia, entre risas y suave roces de dedos cada quien se despidió para ir a sus aposentos, Arthur fue quien partió más temprano mientras que el rey se quedó frente a su habitación sosteniendo su mano para después besarla y decirle cuan bella era. Cuando él se fue, ella no dejó de reír y bailar pasando sus dedos por sus labios hinchados por los besos de él.

Él levantó la mano y ella hizo lo mismo, Lucían se inclinó y dio una orden para después alejarse del castillo. Lo vio partir y cerró los ojos.

¿Qué le sucedía? parecía más una muchacha con las hormonas alteradas que una mujer hecha y derecha. Tal vez se había cansado de ser siempre la mujer de reglas y esta vez se estaba dejando despeinar por el amor.

Maggy salió de su habitación con dirección a la biblioteca, pasó sus dedos por el vestido y se

perdió entre tanto libro hasta que un retrato le llamó la atención. Dejó el libro en la mesita de cristal y se puso de pie para llegar a la fotografía, ésta estaba empolvada y olvidada.

—Era muy hermosa —apuntó la reina con suavidad, y ella se sobresaltó al encontrarla a unos metros de ella, la reina le sonrió y se acercó mirando el retrato con una sonrisa triste y llena de recuerdos. La reina, la esposa de Lucían estaba a lado del rey sonriendo como una niña, sus ojos eran de un celeste suave y su cabello rubio caía en sus hombros dándole un aspecto frágil. Ella envolvía sus manos alrededor de su vientre con recelo; protegiéndolo—, todos sabíamos que era una mujer frágil, hermosa, pero frágil. Yo le dije al padre de mis hijos que Lucían sufriría, pero no pudimos hacer nada. Ella estaba muy mal y no resistió el dar a luz. Hudson nació sano, pero ella murió sosteniéndolo en sus brazos.

—El rey debió sufrir mucho, ¿no es así? —inquirió Maggy, imaginando a Lucían con un bebé en brazos, un reino que liderar y un corazón que sanar. Ese hombre era extraordinario, era tan fuerte que aún con los años se mantenía sonriéndole a la vida.

—No te imaginas cuanto, él era tan brillante... y un día se apagó. El rey pasó por mucho y eso lo ha convertido en un gran soberano, alguien que daría todo por su pueblo —reflexionó la mujer para después ponerse de pie—, ¡Querida, ve a alistarse! hay muchas cosas que hacer y poco tiempo.

Ella miró nuevamente el retrato, pero sus ojos fueron directamente hacia su rey, quien sonreía como solo él sabía hacerlo. Si ella se iba, él sufriría otra vez, no quería eso para él, no quería ser la causante de aquel daño. Su corazón se hizo pequeño y las lágrimas no tardaron en llegar, con ello aquel dolor en su pecho. Le dolía y no lograba comprender el porqué. Dio un paso hacia adelante y sostuvo entre sus dedos el colgante que el rey la noche anterior le había dado, pasó sus dedos por la joya y luego se lo llevó a los labios dejando un beso corto y ausente.

Ella apenas lo conocía, pero eso no hacía diferente las cosas. Ella aquella tarde había escrito una carta pidiendo un amor verdadero, luego estaba ahí; con un rey que no dejaba de sonreírle.

Tarde llegaron noticias de que entre los que habían ido a la caza había un herido, nadie supo de quien se trataba y el padre de Lucían mandó a una tropa en busca de ellos, la madre de él quiso cancelar el baile, pero fue inútil, los invitados llegarían pronto y el palacio estaba listo para el gran baile.

Esa noche no asistió al baile, aunque en más de una ocasión, la princesa e incluso el padre del rey había insistido, ella había dicho que no se encontraba muy bien, y en parte era verdad. Su corazón y mente se encontraban con el rey, ¿y si se encontraba mal?, ¿y si estaba herido? se rehusaba a pensar que Lucían se encontraba en un mal estado. No.

La noche la pasó mal, parecía larga, ella apretaba el colgante del rey contra su pecho con la esperanza de que él cumpliera su palabra; de que él por noche buena estuviera ahí. Necesitaba ese consuelo. A la mañana siguiente fue una de las primeras en despertar, pero no salió de su habitación. Era noche buena y todo el castillo estaba siendo arreglado para recibir aquella fecha tan especial. Los aldeanos no dejaban de limpiar sus casas, de salir a vender leche fresca y de bailar en la plaza, el reino estaba igual pero con más tranquilidad. En la madrugada había salido de su habitación encontrándose a la reina frente a la habitación de sus hijos, cuando ella le preguntó si estaba bien, respondió que sí, pero su corazón dejaría de preocuparse si sus dos hijos volvían a ella.

Maggy se recogió el cabello en una coleta y encima de sus hombros dejó caer una de las capas

blancas abrigándola esa mañana tan fría. Se la pasó en la biblioteca mientras Hudson leía y escribía en algunas ocasiones, era muy parecido a su padre, incluso había heredado aquellos ojos esmeraldas y sonrisa de citas que era su favorita. Él era amable y gracioso, esa última cualidad heredera del príncipe Arthur.

—¡Han vuelto! —gritó Griselda con lágrimas en los ojos, Hudson la miró y sonriendo salió corriendo, Maggy dejó el libro a un lado y corrió hacia la entrada del castillo. Cuando estuvieron de pie vieron como las puertas del reino se abrieron, primero ingresaron los caballeros que habían acompañado al rey, las esposas corrían a abrazarlos viendo que ellos estaban en perfecto estado. Cuando la melena oscura del rey se asomó, madre e hija se abrazaron sonriendo, viendo que también el príncipe se encontraba bien, seguía con su pícara sonrisa. Tras él una figura delgada lo abrazaba con fuerza, la madre del rey tuvo que esperar hasta que ellos se encontraron cerca para abrazarlos.

—¡Hijos! —exclamó la reina efusiva, envolviendo sus brazos alrededor de ambos cuerpos, el príncipe sonrió besando su frente y el rey la sujetó cerrando los ojos. Se les notaba cansados a ambos, como si no hayan dormido en mucho tiempo—, que susto me han dado, ¿quién fue el que se hirió?

—No te preocupes, madre, nada que no se pueda arreglar. Fuimos de caza, pero las noticias del reino de nuestra prima llegaron, las cosas allá no van muy bien —comentó Arthur.

—Mi querida, Emma, mi desdichada sobrina —murmuró la madre, aun sujetando a sus hijos.

—Ella está bien, todo está bien. El rey James estaba ahí para cuidarla hasta que ella se reponga de lo sucedido —habló Lucían, tirando de su hijo para abrazarlo con fuerza, después besó la frente de su hermana que lloraba. Su padre sonrió viendo a sus dos hijos bien—, la reina estaba muy mal, apenas hace dos semanas que el príncipe Aston nació, y luego esto; ha sido un golpe muy duro para nuestra prima.

Maggy mordió su labio cuando él la miró y le guiñó un ojo, él se apresuró y llegó hasta ella, tomó su mano y dejó un beso en sus nudillos. Ella forzó una sonrisa y los ojos de él brillaron extendiendo su sonrisa.

—Se lo prometí, Margaret, aquí estoy —señaló él con suavidad, ella asintió. Todo quedó nuevamente en silencio hasta que una tos hizo que ambos salieran de su nube. El príncipe se apresuró a sostener a la muchacha que había traído, ella estaba pálida, y cuando cerró los ojos, él la cargó y toda diversión se esfumó de su rostro, solo preocupación quedó.

—¿Quién es ella, majestad? —inquirió Griselda siguiendo a su hermano, los demás lo imitaron. El rey dejó su mano en la cintura de Margaret y en el hombro de su hijo que no se quería separar de él.

—Lo único que sabemos es que se llama Luciet Pravia, después nada —murmuró el príncipe, depositándola en la cama de una de las habitaciones libres. La muchacha era bonita, de cabello corto y ondeado, ojos de color miel y labios pequeños. Una mujer hermosa que hasta ahora tenía la atención de un príncipe preocupado—, ella dice que ha estado caminando por largo tiempo, cuando le pregunté de donde venía se desplomó en mis brazos, despertó cuando llegamos, pero por su estado intuyo que algo ha cogido por tanto tiempo en el frío.

—Parece preocupado, majestad —dijo la reina, el príncipe achinó los ojos, sonriendo con falsedad para después girarse y caminar fuera de la habitación.

—Para nada, madre, solo es una muchacha que encontré por ahí —respondió viéndola por última vez, después de esas frías palabras salió de la habitación. El rey sonrió sabiendo que era más que eso, lo había visto dedicado y cuidándola, incluso para Maggy no pasó desapercibida la atención del príncipe.

—Salgamos, la muchacha debe descansar —susurró el rey, tomando la mano de Maggy para salir de ahí. Ambos caminaron por el pasillo en silencio y él no volteó a mirarla. Cuando llegaron al salón donde estaban todos los libros, él se giró observándola. Se acercó a zancadas hacia ella y tomó su rostro entre sus manos para besarla con desesperación y ternura, él tenía miedo y ella también. Temía tanto porque algo le hubiera sucedido y él temía porque había llegado el cuarto día. ¿Ella se iría?

Él la había extrañado mucho. Había visto muchas muertes y ver a su prima llorando por su esposo lo golpeó con fuerza, él quería tenerla a su lado, despertar y ver aquellos ojos chocolates achinados y aquel pequeño hoyuelo marcado cuando sonreía. Quería ver su cabello ondeado en su almohada y su aroma a vainilla y café por todos lados.

Él la quería en su vida y no dejaría que ella se marchara. No ahora.

Después de ese beso cada uno se despidió con una sonrisa y se marcharon a sus aposentos. La noche había llegado y con ello un festín único celebrando la noche fría. Todos estaban felices, riendo y compartiendo regalos, todos esperando que llegara la hora esperada para celebrar a lo grande y dar inicio al baile, donde los reyes y aldeanos bailaban bajo la luz de la luna.

—Margaret —balbució a su espalda, Maggy se giró y sonrió al ver al rey bien vestido y con la corona encima de su cabeza. Su cabello estaba desordenado y la barba de días lo rodeaba dándole un aspecto tan varonil que ni Maggy se podría resistir. Ella se inclinó soltando una risita cuando él tomó su mano y besó sus nudillos—, estás hermosa

—Y usted muy guapo, majestad. —Lo halagó con media sonrisa, él se inclinó rozando sus labios contra los suyos, ella no tardó en envolver sus manos alrededor de su cuello y suspiró.

—Sin duda es usted quien robará miradas esta noche, espero que sus ojos se mantengan conmigo. —Lucían esbozó una sonrisa y ella estiró su mano pasando sus dedos por las citas que se marcaban a cada lado, rozó las yemas delineando la curva para después sonreír—, ¿sucede algo?

—Eres muy guapo.

—No es cierto.

—Eres un príncipe... ¡No! ¡Eres un rey! ¡Tú eres un rey! —bramó ella, dándose cuenta de que él era un rey, Lucían soltó una carcajada y ladeó la cabeza ligeramente para después envolver sus manos alrededor de su cuerpo y dejar un sonoro beso en su frente.

—Vamos, Margaret, hay una fiesta que espera por nosotros —farfulló él. Ella aceptó su mano para después bajar las escaleras siendo la atención de todos los que estaban ahí. Los padres del rey sonreían gustosos, mientras que su hijo Hudson aplaudía al verlos bajar. El príncipe Arthur estaba ahí, detrás de él Lucían, mirándola con recelo. Todos aplaudieron y Lucían inclinó su rostro con una sonrisa plasmada, tomó las manos de Margaret y la llevó al centro del lugar para dar inicio al baile—, realmente estás hermosa.

—Si sigue diciéndolo terminaré por creerlo —musitó ella con suavidad, él solo sonrió tomando su mano para inclinar su rostro y dar un paso hacia atrás, ella lo siguió y ya no tuvo que mirar sus

pies para no equivocarse, él solo la tomó de las manos y le sonrió; ella sintió que flotaba.

El baile transcurrió con tranquilidad, entre risas y sonrisas cómplices entre ella y Lucían, le gustaba la manera en que él le sonreía a distancia; o cuando le hablaba. Eso sin lugar a dudas era su parte favorita, le encantaba escuchar su nombre de aquellos labios que estaban siendo su perdición, le encantaba sentir el suave apretón de sus manos cuando se conectaban como dos piezas perdidas.

—Ella es Ana Gabriela, padre —le presentó Hudson a una muchacha, que con timidez hizo una referencia ante ellos. El rey esbozó una sonrisa e inclinó su rostro. Por la manera en que su hijo sonreía sabía que esa chica había robado su corazón.

Hudson conocía a Ana Gabriela hace mucho tiempo, lo primero que lo cautivó fue aquellos ojos color avellanas que parecían brillar con intensidad cada vez que él estaba cerca, su cabello oscuro y ondeado que caía en sus hombros y que él en pocas oportunidades había acariciado y ella reído. Sin lugar a duda era una muchacha preciosa.

El príncipe estaba rodeado de jóvenes muchachas, tratando de simpatizar y coquetear, pero lo cierto era que esa noche, Luciet estaba hermosa y más que eso. Su cabello corto y ondeado estaba adornado con una pequeña diadema —regalo de Griselda— ella en aquel vestido celeste robaba miradas, una de esas era la del duque Frederick; Arthur lo odiaba.

Griselda se paseaba de la mano con su prometido, sonriéndole, él más que nadie disfrutaba de aquellas sonrisas y de que aquel sonrojo fuera directamente por él. Y el rey Lucían estaba más que feliz de tener la atención de Maggy, amaba como sus ojos estaban pintados esa noche, los hacía más finos y peligrosos, aquellos labios gruesos pintados de un rojo que lentamente iba perdiendo brillo por los besos que él le daba cuando desaparecían del salón; él quería esperar unos días más, unos días para proponerle que se casara con él, que le hiciera inmensamente feliz y que él también la haría feliz.

Solo un poco más.

Cuando las campanas sonaron todos sonrieron unos a otros deseándose feliz navidad, Lucían lo que hizo primero fue tomar la mano de Maggy y llevarla a sus labios, no necesitaron palabras ni nada de eso, ambos sabían lo que sentían: estaban felices de estar juntos. Pero aquella felicidad no duró mucho, no cuando el sonido de un cascabel atormentó a Maggy, rápidamente miró alrededor en busca de aquel sonido, quiso creer que tal vez era uno de los niños, pero cuando volvió a sonar, ella negó.

—¿Margaret?, ¿qué sucede, cariño? —inquirió él, cuando ella giró vio al viejo con media sonrisa, sostenía un cascabel en su mano y lo volvió a sonar, a los segundos desapareció. Se soltó de su agarre y corrió tras el anciano mientras Lucían gritaba su nombre.

Maggy corrió tras él, subió las escaleras hasta que lo vio entrar a la biblioteca y luego abrir las puertas de la terraza. Ella apretó la estrella y se apresuró al anciano a pasos temblorosos, él la esperaba con una sonrisa.

—Siempre amé este lugar —dijo el anciano con suavidad, viendo alrededor—, de niño estaba aquí por horas hasta que mi padre venía en mi búsqueda. Sé que el pequeño Hudson pasa mucho tiempo aquí ¡Por mi barba, cuanto ha crecido!

—¿Qué haces aquí?

—Vine por ti. La última vez no parecías feliz en este lugar, vengo a llevarte a donde perteneces

—señaló con suavidad, ella negó.

—Yo... yo no quiero —tartamudeó con voz quebrada—, yo he encontrado el verdadero amor.

—¿Quién? —inquirió el anciano haciéndole señas para que se acercara. Maggy lo hizo deteniéndose frente a él, pasando sus dedos por sus mejillas húmedas. Estaba llorando y ni siquiera se había dado cuenta.

Cuando había llegado allí hace cuatro días atrás, ella creyó que todo era un sueño, también que no podía enamorarse, pero fue una promesa que no pudo sostener. Lucían era ese tipo de hombre que calaba dentro de ti, que con una sonrisa tenía el mundo a sus pies, pero él no necesitaba eso, claro que no, él era tan bueno que era capaz de todo por ver a los suyos felices. Él era un rey que había puesto a un lado su felicidad por la de su hijo y su gente, aun llevando un dolor tan grande en su corazón había sostenido a su hijo con ternura y amor, había guiado a su pueblo y había soportado la soledad. ¿Cómo no amar a un hombre tan maravilloso como él?

—Lucían —respondió ella con lisura, buscó los ojos del anciano y este asintió dibujando una sonrisa en sus labios, los cuales formaron dos tiernas citas como las de Lucían y Hudson—, él me ha mostrado un amor limpio y único, sus sonrisas han llenado el vacío que por mucho tiempo he sentido, es a él a quien he esperado por mucho tiempo.

—Yo siento lo mismo. —Lucían se acercó con pasos temblorosos hacia ellos, Maggy se sobresaltó y llegó hasta él envolviendo su mano alrededor de la suya, él se inclinó y besó su frente—, no estoy dispuesto a dejarte ir, no puedo y no quiero.

—No lo haré —murmuró ella contra su piel, el anciano apretó los labios viendo el paisaje que mostraba esa noche Cristal. Velas por todos lados y colores, más allá, un río sonando junto con la música de ese lugar.

—Entonces si es así, debo hacerte una pregunta, Margaret. —La voz del anciano se convirtió en un susurro, ambos lo vieron—, tienes el amor aquí, un hombre que sin duda te hará feliz, pero allá tienes una familia que te ama. Hay tres niños que adoran pasar tiempo con su tía, dos hermanas que aman sentirse pequeñas cuando las abrazas, un hermano que aun siente que debe cuidarte y unos padres que están orgullosos por ti. Entonces, ¿decides quedarte en esta época o irte con tu familia?

Esa pregunta bastó para que ambos corazones se alteraran y sufrieran. El agarre se hizo débil y ella minutos después estaba lejos de él, Lucían tenía los labios apretados y la mirada perdida esperando la respuesta de ella que ya conocía sin ni siquiera escucharla. Maggy estaba peor, con dolor en el corazón y sin saber qué decisión tomar. ¿Por qué el destino era así?

Ella había encontrado el amor, un amor sincero y que con una sola mirada le había dicho que ella pertenecía ahí. Un amor que la hacía sentir viva y sin lugar a dudas, ella debía escoger entre el amor y su familia, aquellos seres que habían estado siempre con ella sin cuestionarla, ¿qué debía hacer ahora?

—Te amo, Lucían —le dijo ella, el rey elevó la mirada cuando ella acunó su rostro entre sus manos. Juntó sus frentes y un gemido escapó de sus labios cuando él la besó—, pero no puedo quedarme, no puedo renunciar a mi familia, lo siento tanto.

—No me pidas perdón —contestó el rey, sosteniéndola en sus brazos cuando ella sollozó, la atrajo a su cuerpo y besó su frente manteniendo sus labios ahí por largos minutos—, aunque te vayas

no dejaré de amarte.

—No quiero... irme.

—No puedo hacerte escoger, cariño —apuntó él con media sonrisa, pero esta no llegó hasta sus ojos y mucho menos los hizo brillar. Ella cerró los ojos soltando un quejido para después llorar, él la sostuvo con mayor fuerza. El anciano se giró y el rey la cargó presionando sus dedos contra su espalda, ella como niña pequeña ocultó su rostro entre su cuello y le repitió cuanto le amaba, él no hacía más que inhalar el aroma de su cabello y repartir besos en su cuello tratando de grabar su aroma y su sabor. No quería dejarla ir, pero debía hacerlo.

—Te amo, Lucían —repitió, cuando él la soltó se inclinó rozando sus labios y la besó. Tiró de sus labios y los mordió con suavidad mientras sus dedos se enterraban en su cintura pegándola a su pecho, cuando sintió sus mejillas mojadas se alejó viéndola llorar y sintiéndose peor. Ella cubrió su rostro y él se alejó de ella.

—Yo también te amo, Margaret, siempre te amaré —respondió, el anciano tomó la mano de ella y entre un suave remolino de nieve ambos desaparecieron. Lo único que él alcanzó a ver fueron sus ojos rojos y llorosos llevándose su corazón.

Cayó de rodillas cubriéndose el rostro, haciendo caso omiso a los gritos detrás de él, lo único que sintió fueron los brazos de su madre y hermana, después un beso en la frente de su padre y una palmada de su hermano. No supo cuánto tiempo estuvo ahí, tampoco cuando fue que terminó dormido en los brazos de su madre como un niño, pero lo único que él sentía era que su corazón se fue con ella, solo él sabía que no volvería amar, no con esa misma intensidad, no como la había amado a ella.

Margaret era especial, su Margaret, él quería pensar que era de él; que ella siempre sería de él.

—Vamos para que duermas, hermano —murmuró el príncipe cuando el rey despertó y se vio en los brazos de su madre. Arthur lo ayudó a llegar a su habitación mientras él con la mirada perdida se quitaba la ropa y luego entraba a la tina. El príncipe lo ayudó y cuando él rompió en llanto no hizo más que abrazarlo—, ya pasará, hermano, verás que la herida sanará.

—Pero yo no quiero que sane... —Elevó su mirada hacia el espejo que reflejaba un Lucían que no conocía. Ojeras y rostro pálido, unos ojos rojos e hinchados, « ¿por qué me están haciendo esto a mí? » Pensó viéndose para después cerrar los ojos y echar su cabeza hacia atrás, su hermano le echaba agua con cuidado—, estoy dejando mi verdadero yo en las estanterías, en ese lugar donde ella pisó por última vez.

—El tiempo ayudará a que la herida sane, yo más que nadie lo sabe. —Le consoló el príncipe, el rey salió de la tina y se dejó caer en su cama con la mirada perdida—, a veces el amor solo dura unos segundos ¡Y lo vale, vale más que la soledad!

La última noche



—¡Lucían! —exclamó ella abriendo los ojos de golpe. Estaba en su habitación y el único que la tenía abrazada era su hermano Omar. Ella estalló en llanto ocultando su rostro entre sus manos, su llanto asustó a todos que terminaron en la habitación cuando la vieron en ese estado; solo Omar pudo consolarla. Él la sostuvo en todo momento mientras ella lloraba y gritaba pidiendo volver, que ella debía regresar con él.

—Estoy aquí, hermanita, estoy aquí —murmuró con voz temblorosa, viendo a su hermana hecha trizas entre sus brazos. Maggy siempre había sido una mujer fuerte, pocas, muy pocas veces lloraba y siempre se enfrentaba a los demás. Sus padres pensaban que ella había tenido una pesadilla, pero Omar sabía que había algo más; algo que había roto el corazón de su hermanita—, ¿qué pasó, pequeña?

—No me creerías —comentó ella con voz rota, cubriéndose su rostro. Él se inclinó besando su frente para después abrazarla con más fuerza.

—Entonces, cuéntame.

Ella dudando le contó. Él no la interrumpió ni cuando volvió a llorar, él la sostuvo hasta que nuevamente la vio derrumbarse, creía que era sueño, pero también creía que su hermana había vuelto con la mitad de su corazón.

Ese día no salió de su cama y sus padres lo entendieron, trataron de animarla, pero ella se mantuvo distante y decaída, envuelta en sus sabanas y chocolate. Lo único que hizo fue pensar en él y terminó dibujándolo por todos lados. Al otro día todos se levantaron emocionados, gritando que era navidad, que el Niño Jesús había nacido y que todos debían estar felices.

El ánimo de Maggy mejoró un poco, estuvo con sus sobrinos decorando el árbol y en la tarde fue con sus hermanas por los regalos. A las siete de la noche, ella estaba terminándose de arreglar porque saldría con sus hermanos como era normal todos los años, darían una vuelta en la plaza o irían al bar por unas bebidas, a las once ya deberían estar en casa. Cuando todos estuvieron listos partieron hacia el bar con media sonrisa en sus rostros, sus cuñados bromeando y Omar hablando sobre su Fernanda, su prometida que llegaba esa noche.

—Estoy creyendo que él solo fue un sueño —murmuró Maggy, llevándose la copa a los labios. Su hermano sostuvo su mano con suavidad mientras escuchaba a su hermana hablar—, tal vez solo estoy así por un sueño tonto.

—No hables así, hermanita —suplicó con lentitud, inclinándose para besar su frente con suavidad, ella dejó la copa de vino en la mesa y se giró regalándole una sonrisa falsa a sus hermanas que bailaban con sus esposos. Envidiaba eso; tener alguien con quien compartir cada momento, ella añoraba tanto eso que ahora su mente le estaba dando una mala jugada—, no quiero verte así.

—Estaré bien, lo prometo.

—No dejes de creer en el amor, por favor.

—¿Amor?, ¿te estás escuchando? —preguntó ella con voz quebrada, él se inclinó cuando vio sus ojos cristalizados—, por años he buscado el amor y no ha llegado, no puedo confiar ahora, no cuando él parece solo en un sueño.

—Eres una estrella que siempre brilla, no apegues tu brillo porque no has logrado encontrar a aquella persona que te haga feliz, Maggy.

—Ellas lo han encontrado y eran muy jóvenes, Omar —señaló llevándose nuevamente la copa a los labios para dar un sorbo largo, cerró los ojos y a los segundos los abrió encontrándose con los ojos tristes de su hermano.

—Tú eres especial, y lleva su tiempo que encuentres a alguien tan especial como tú, si el amor ha tardado tanto en aparecer es porque la vida te tiene deparado algo grande —contestó su hermano, tomando su mano para besar sus nudillos, ella observó ese gesto recordando las veces que Lucían lo hizo—, así que sonríe, que aún no se acaba la noche y mucho menos el niño Jesús ha nacido.

—¡Un brindis! —exclamó Yurian, tirando de su esposo, Maggy forzó una sonrisa tomando su copa imitando a sus hermanos y cuñados—, ¡Por los hermanos Fabri!

—¡Por los hermanos Fabri! —repitieron todos riendo para después llevarse la copa a los labios.

Estuvieron un rato más hasta que Micaela tiró de ella haciendo que botara su copa.

—¿Pero qué te pasa, mujer?

—Hay algo que no te hemos dicho —respondió ella, mordiéndose el labio inferior, Maggy frunció el ceño confundida—, mamá lo hizo porque te quiere mucho.

—No estoy comprendiendo.

—Hace unos días, mamá visitó a la familia Rivera —respondió Yurian, jugando con su anillo de casada, Maggy asintió dando un sorbo a la bebida de su hermano—, y pues..., conocimos a su hijos, déjame decirte que Arturo esta guapísimo, pero sin duda el mayor gana en belleza.

—¿Y quién es Arturo?

—¡El segundo de los Rivera! —exclamó Yurian, su esposo le hizo una mueca y ella le lanzó un beso—, pero tú eres más guapo, bebé.

—No hay que salirnos del tema, muchachas —forzó una sonrisa viendo que ambas se miraban con miedo—. ¡Hablen!

—Bien, mamá te hizo una cita con el mayor de los Rivera —susurró, ambas vieron como Maggy abrió los ojos para después sentir como la ira se apoderaba de ella. No podía creer que su madre hubiera hecho eso ¡Claro que lo creía! su madre era capaz de eso y más—, él ya llegó y está en la barra, luce nervioso. Maggy no seas mala, él no tiene la culpa.

—No puedo creer que ustedes sean parte de esto.

—¡Lo sentimos!

—Yo no iré, claro que no, eso sería darle el gusto a esa mujer que se le ocurre emparejarme con desconocidos —siseó Maggy molesta, tirando de su kimono de flores, sus hermanas se miraron y luego empujaron a Omar que ocultaba su sonrisa tras su copa.

—Vamos, Maggy, el tipo no tiene la culpa de las locuras de nuestra madre —apuntó Omar con una sonrisa—, mira, te propongo un trato

—Te escucho, Omar Fabri —masticó las palabras robándoles una sonrisa a todos.

—Ve y habla con él, dile que no te sientes cómoda y que tú ignorabas esta cita y ya. —Ella mordió su labio y asintió, se puso de pie para caminar hacia la barra bajo la mirada de sus hermanos. El hombre estaba ahí, era el único en la barra.

«Tiene una buena espalda.» Pensó ella frunciendo el ceño.

Soltó el aire contenido y golpeó con suavidad su hombro. Rápidamente se dio vuelta y ella se quedó pasmada. Él esbozó una sonrisa nerviosa haciendo que sus hoyuelos se resaltaran de una manera preciosa, sus ojos esmeraldas se fijaron en la mujer que lo miraba con sorpresa, Maggy tuvo que sostenerse para no caer.

—Hola, tú debes ser Margaret, ¿verdad? —preguntó dudoso, su voz era ronca. Estiró la mano y ella se acordó de respirar—. Soy Luke Rivera.

¡Era idéntico!

Luke, aquel hombre con el cual su madre la había emparejado para una cita en noche buena, era igual a Lucían, pero sin corona y mucho menos con manos suaves. Él tenía las manos callosas y en vez de corona llevaba un gorro oscuro que hacía que su cabello medio largo cubriera sus orejas, una barba de días que cubría su quijada y cuando sonreía lo hacía ver más atractivo que nunca. Vestía casual —pantalones desgastados, camisa de cuadros y encima una chaqueta— aun así era el hombre más atractivo que jamás había visto.

—¿Te encuentras bien? —preguntó sosteniéndola, ella se mareó. Apretó los brazos de él y cerró los ojos por unos segundos—, si te sientes mal puedo llevarte a casa. Dime algo.

—Estoy bien, estoy bien —contestó alejándose lentamente, él volvió a sonreír causando que las pequeñas líneas al lado de sus ojos se arrugaran con deleite. Ella suspiró y se sentó a su lado, vio cómo se quitaba el gorro y pasaba sus dedos por ese cabello largo. ¡Era él, era Lucían!—. Soy Margaret Fabri, pero puedes decirme Maggy.

—¿Por qué no llamarla por su nombre? —inquirió con media sonrisa, ella pasó sus dedos por su cuello recordando esas palabras, las mismas que Lucían había utilizado con ella—, Margaret es un nombre hermoso, tanto como quien lo posee.

—Lo mismo dijiste cuando eras rey —susurró, él sonrió confundido.

—¿Disculpa?

—Nada... ¡Dios, creo que los tragos me han afectado mucho! —balbuceó girándose, él soltó una carcajada juntando sus manos para echar la cabeza hacia atrás, ella apretó los labios viéndolo y no

tuvo más dudas; era él—, ¡No te rías de mí!

—¡No lo estoy haciendo, Margaret! —exclamó divertido, empujando su hombro con suavidad y ella rió—, ¿quieres acompañarme a decorar el árbol en casa de mis padres?

—¿Qué?

—Esta es una cita, Margaret, así que saldré de lo convencional —indicó volviendo a pasar sus manos por su cabello para después ponerse el gorro y bajarse del asiento, ella lo imitó y él le hizo señas para que avanzaran, cuando Maggy pasó por la mesa de sus hermanos les hizo una seña y estos sonrieron y asintieron.

Caminaron en silencio hasta que ella se giró y posó sus manos en sus hombros deteniéndolo.

—¡No me lo vas a creer, Luke! —exclamó haciéndolo detener abruptamente. Él alzó una ceja confundido—, no sé si fue un sueño, no lo sé... yo llegué a un reino y te conocí, bueno, no a ti, pero eras tú.

—¿Ok?

—Te llamabas Lucían y eras un rey, tenías un hijo llamado Hudson y dos hermanos: Arthur y Griselda; y dos padres amorosos.

—¿Sí?

—¡Sí! —Pasó sus manos por su cabello—, yo... yo tuve que escoger a mi familia en vez de a Lucían, desde que me desperté no ha dejado de doler.

—Tengo un hijo que se llama Henry, mis hermanos son Arturo y Grecia —murmuró él—, y los nombres riman, qué casualidad.

—Me estoy volviendo loca desde que desperté —susurró, él sin saber que hacer optó por envolver sus brazos alrededor del cuerpo de ella, Maggy acostumbrada a sus brazos no dudó en restregar la nariz por su ropa y lo abrazó con fuerza. Era él, su Lucían sin corona, pero era él.

—A veces la mente nos juega una mala pasada, Margaret —respondió pasando los dedos por su cabello con suavidad.

Él no tenía citas desde que su esposa murió en un accidente en esa época, pero desde que la líder del clan Fabri apareció en su puerta; él no pudo evitar decir sí. Sabía poco de Margaret, pero le dio curiosidad porque le dijeron que era una mujer grandiosa. Él no perdía nada con asistir a una cita arreglada, agregando que cuando la vio sintió que la conocía de hace mucho tiempo, sintió algo que hace mucho no sentía.

—Debes pensar que soy patética, ¿verdad?

—No, solo pienso que es raro que alguien me esté oliendo —bromeó, ella de un salto se alejó y se cubrió las mejillas rojas, Luke en cambio se echó a reír sin importar las miradas puestas en él, y a los segundos ella se le unió—, ven, vamos, tenemos un árbol que decorar.

—¿No se molesta tu madre o tu hijo?

—Les caerás muy bien, Margaret —respondió con suavidad y tomó su mano con media sonrisa. El camino fue ameno, entre risas y ella relatando su sueño en el que Luke era el protagonista. Cuando llegaron fue una Grecia sonriente la que les abrió la puerta, estaba embarazada y su esposo estaba ahí

ayudando a cocinar el pavo.

—¡Hola Maggy, que gusto conocerte!

—¿Allá también era así de espontánea? —indagó Luke en su oído cuando ella dejó su abrigo en el perchero, ella asintió risueña.

—Tú debes ser Maggy, ¿verdad, preciosa? —Una voz ronca la hizo girar, él estaba ahí, Arthur; igual de coqueto—, soy Arturo, el encanto de la familia.

—Hola, cariño —saludó Luke, su hijo puso mala cara ante el apodo. Era Hudson, sosteniendo un libro entre sus manos, él al verla se puso de pie y con una sonrisa amigable la saludó—, ella es Margaret, una amiga. Margaret, mi hijo Henry.

—Mucho gusto, Henry.

—Igualmente, Maggy —respondió con una sonrisa, Luke se giró alzando las cejas y ella asintió mordiendo su labio.

—¿Todo es igual? Digo... ¿ellos son iguales?

—Todo —murmuró con suavidad, él esbozó una sonrisa causando más de una suspiro en ella. Sus padres aparecieron con regalos y vino, ambos amables y cariñosos; como los reyes de Cristal. Eran ellos con diferentes nombres.

Aquellas horas la pasaron decorando el árbol, Luke riendo a carcajadas cuando su hijo rompía las bolitas que colgaban en el árbol y porque su madre terminaba gritando por ello, un Arturo bromeando sobre su belleza y una Margaret siendo la causante de las risas nuevas de Luke, risas que no veían hace muchos años.

A las once de la noche estaban sentados afuera de la casa de Maggy, sosteniendo en sus manos unas cervezas mientras Luke reía por los chistes de Omar, ella cerró los ojos y llevó sus manos a su pecho presionando ese lugar, aunque aún dolía no podía evitar sentir dicha al tener a Luke regalándole sonrisas. ¿Y si todo había sido un sueño?, ¿y si solo era un aviso de que conocería a Luke? A veces los sueños avisan.

Él se inclinó hacia ella y quitó un mechón de su cabello que caía en su frente, ella forzó una sonrisa y él pasó sus dedos por sus nudillos rojos. Luke la miró por largo rato hasta que ella se encontró con su mirada, avergonzado evitó volver a verla.

—¿Realmente aquel rey se parecía a mí? —Se atrevió a preguntar, todos se habían retirado y solo ellos dos quedaban ahí. Ya no había cervezas y la sinceridad era la copa de esa noche—, ¿te digo un secreto?

—Adelante.

—Cuando te vi me pareciste conocida. Cuando tu madre apareció en mi puerta diciéndome que su hija quería conocerme no podía creerlo, mi madre me dijo que la pequeña Maggy seguía soltera y era una dulzura de chica. Yo no estaba seguro, desde la muerte de mi esposa evité salir con alguien más —comentó con sinceridad—, cuando llegué al bar estaba muy nervioso, te vi reír y esperaba que te acercaras, cuando no lo hiciste estuve a punto de irme, pero terminaste ahí; tocándome el hombro.

—Mi madre es un caso perdido.

—Agradezco que lo sea —murmuró poniéndose de pie y ella lo imitó. Los fuegos artificiales empezaron a explotar y las familias salían de sus casas para abrazar a los vecinos, él sonrió envolviéndola en sus brazos—. Feliz navidad, Margaret.

—Feliz navidad, Luke. —Ella cerró los ojos pegando el rostro a su pecho, el aroma a especias la inundó y se aferró a sus brazos temiendo que ese también era un sueño. A los minutos su familia salió y se abrazaron, Luke y Maggy se buscaban con la mirada y con complicidad se sonreían. Ellos no estaban seguros de qué sucedería en el futuro, pero en ese momento estaban disfrutando del presente.

Escucha mi voz



Él regresó a su casa a las dos de la mañana, su familia lo esperaba, prometió volver por ella en unas horas para salir y ella gustosa aceptó. A las cuatro de la mañana todos fueron a la cama, Margaret no pudo alejar los pensamientos que iban directamente hacia Luke y a los recuerdos de Lucían. ¿Había sido solo un sueño? Terminó envuelta en sus sabanas y en los brazos de *Morfeo*.

Luke se puso la camisa roja de rallas y el gorro viejo negro con visera, su cabello estaba largo junto con la barba de días. Aquel aspecto le otorgaba unos años más, pero era lo que a él le gustaba. Se giró y sonrió cuando vio a Henry mirarlo con una ceja alzada, él se aplicaba loción y se ponía sus mejores pantalones y botas negras.

—Así que Maggy, ¿eh?

—Solo iremos por un café, hace algo de frío —comentó ansioso, sirviéndose una taza de chocolate y abriendo un tamal de maíz pelado mientras su hijo se servía comida calentada de la noche anterior. Bastaron unos minutos más para que la mesa estuviera llena y todos rieran. Arturo estaba a su lado con una sonrisa de gato mientras se llevaba trozos de pavo a la boca—. ¿Qué?

—Nada.

—¿Qué miércoles te pasa?, ¿por qué me ves así? —siseó viendo la mirada de su hermano, todos sonrieron juguetones y miraron sus platos—, ¿qué?

—¿Te has echado perfume, Luke? yo que creía que no conocías eso —bromeó Arturo y todos rieron, Luke gruñó y le dio un empujón en el hombro.

—También se puso pantalones nuevos y se bañó —comentó Henry, que de inmediato apartó los ojos cuando su padre lo miró mal.

—¿Luke se ha bañado! —exclamó sorprendida Grecia, el aludido resopló con molestia.

—Cualquiera que los escuche dice que no me baño, ¿pero qué les pasa?

—¿Iras a ver a Maggy? —preguntó su madre con una sonrisa en los labios, Luke se quitó la gorra y peinó su cabello para después volver a ponérsela—, la chica es muy hermosa hijo, cuídala.

—Solo nos estamos conociendo, nadie dice que me casaré o que ella terminará enamorada de mí.

—Eres un hombre maravilloso, hermano: buen padre, buen hijo, buen hermano y buen ciudadano.

Te haces cargo de la chacra y siempre estás trabajando, eres el tipo que cualquier mujer quiere en su vida.

—Ella es una mujer de ciudad, ella tiene su vida allá, ¿qué hará con un hombre que sabe ordeñar leche?

—Ordéñala a ella, hermano —murmuró Arturo, todos se giraron a verlo, él reía y los demás negaban.

—¡Que desagradable eres, Arturo! —Su hermana lo miró mal, después se puso de pie y los demás integrantes la siguieron. Él hizo una mueca y Luke le propinó un golpe en el hombro haciendo que este protestara y se quejara como niño pequeño.

—¡Bien! váyanse si quieren, más comida para mí.

—¿Cuándo vas a madurar, idiota? —inquirió Luke, tomó una chaqueta del ropero y salió de la casa escuchando las protestas de su hermano.

Se subió a la camioneta vieja de su padre y manejó hasta la casa de Margaret, pasó sus manos por su cabello y se volvió a poner el gorro mientras se acercaba y golpeaba la puerta. Escuchó risas y gritos, después vio a una Margaret avergonzada que lo empujó.

—¡Vamos o saldrá la bruja! —Él tartamudeó y la ayudó a subir para después rodear la camioneta y arrancar, por el espejo retrovisor observó a la familia de ella salir y reír—, no han dejado de molestar, mi madre suele ser muy intensa.

—Mi familia está igual —dijo risueño golpeando sus dedos en el volante, ella se inclinó encendiendo la radio, se echó hacia atrás y sonrió al escuchar a *Diego Torres* con *La última noche*.

Cerró los ojos y él se permitió verla de reojo, sonreía y llevaba sus manos a su cabello. Él condujo en silencio, pero fue un silencio cómodo. Se aclaró la garganta y cuando llegó el coro empezó a cantar:

*Ay de mí es la última noche
que voy a sufrir por este amor
quiero despertar mirando las estrellas otra vez
hoy van a brillar los cielos que me han visto padecer
creo que soñar los besos que me has dado por amor.*

—No sabía que te gustaba *Diego Torres* —susurró ella cuando él se calló, tenía una voz muy bonita—, cantas muy bien.

—¿Con todo y gallos? —bromeó robándole una sonrisa—, siempre me ha gustado la música de *Diego Torres*, *Gian Marco* y otros. ¿Qué puedo decirte? soy un romántico.

—Deberías dedicarte al canto, te iría muy bien.

—Aduladora —Rió y él la ayudó a bajar de la camioneta. Saludó y la guió hasta la mesa final de la cafetería, más de uno giró y lo saludó, pero con la intención de saber quién era la que acompañaba al viudo del pueblo—. Así es la gente del pueblo, cuando yo llegué las vecinas aparecieron en mi

puerta preguntándome por mi esposa.

—Pueblo chico, infierno grande.

—Tal vez —afirmó quitándose la chaqueta, ella lo imitó y se quitó el gorro de lana que cubría su cabeza—, pero fue un apoyo cuando todo parecía caer en mis hombros. Conocí grandes personas y ahora tengo muchos amigos aquí, uno de los que me ayudó fue un amigo que vive en la ciudad; Chars, es viudo y siempre ha criado a su hija, él me ayudó mucho.

—Es maravilloso lo fuerte que puede ser un hombre, uno como mujer siempre sabe lo que un bebé requiere mientras que un hombre no sabe casi nada. Henry es un buen chico, lo has hecho muy bien, Luke.

—Yo era todo en su vida, Henry es un buen muchacho: estudioso y obediente. Me ayuda en la chacra, pero siempre está perdiéndose en la biblioteca.

Ella sonrió recordando a Hudson, el príncipe que siempre llevaba en sus manos un libro y siempre sabía que decir.

Ambos pidieron café y pan francés mientras hablaban de la vida, de arte, de política y del amor. Eso último fue lo más mencionado mientras se veían cómplices y reían rozando sus dedos. Hablaron por horas hasta que él la dejó en la puerta de su casa, él le había regalado una rosa y ella en más de una ocasión se la había llevado a la nariz inhalando su aroma.

—¿Te veré mañana? —Él preguntó con suavidad, ella sonrió asintiendo—, ¿y pasado mañana?

—Sí, Luke.

—¿Y el próximo año? —Se acercó tomando su mano entre la suya, ella lo miró y asintió con media sonrisa en sus labios.

—Estaré aquí por largo tiempo, tienes mi número y mi dirección.

—Entonces nos vemos en la noche, hay un baile, ¿te parece?

—¿Y cuándo me llevarás a montar caballo? —Él rió entre dientes quitándose el gorro para pasar sus dedos por su cabello oscuro, ella sonrió viendo las arrugas a cada lado de sus ojos y los hoyuelos formados en dos citas perfectas.

—Cuando tú quieras. Siempre estaré aquí.

—Perfecto, yo también estaré aquí —susurró, él se inclinó rozando sus labios en su mejilla, se alejó y con una sonrisa de oreja a oreja partió dejando el corazón de ella hinchado de felicidad.

Los abuelos suelen decirlo: *«El amor está a la vuelta de la esquina, solo debes usar lentes con buena medida y dejarlo entrar a casa.»*

Y eso hizo Margaret.

Epílogo



Margaret apretó los labios y se estiró para después sonreír, abrió los ojos encontrándose con el rostro relajado de Luke. Su cabello oscuro caía en su frente cubriendo la pequeña cicatriz que tenía ahí y que él constantemente estaba inventando una gran historia del por qué la tenía. Sus espesas pestañas protegiendo esos bonitos ojos y su nariz enrojecida por el frío que abrazaba esa época del año. Se puso de pie tomando la chaqueta de él que descansaba en el mueble, se la puso y metió sus manos dentro para calentarlas.

Hace cuatro meses recién se había mudado a su pueblo, su padre le había ayudado a buscar una pequeña casa para ella con una división para su consultorio, todo había marchado bien, ella había dejado de huir que era lo más importante.

Después de año nuevo tuvo que volver a Piura, ella tenía una vida allá aunque su corazón latía desesperado cuando su celular sonaba recibiendo una llamada del pueblerino que lentamente estaba entrando en su corazón. Los mensajes se convirtieron en llamadas nocturnas, los apretones de manos en besos y los días de visitas en largos fines de semana. Él iba los fines de semana a Piura o ella terminaba en su pueblo, pero siempre juntos.

Lo que había comenzado como una amistad había terminado en un romance lleno de brillo y mágicos momentos. Él la había atado a su pecho y ella ya no pudo huir, estar en los brazos de él era lo que ella necesitaba para ser feliz, para sentirse en casa.

— ¿Huelo café? —Ella sonrió cuando lo vio aparecer con los ojos entre abiertos, el cabello rebelde y una sudadera rosa. Ella se carcajeó sirviéndole una taza de café y a lado un huevo frito con plátanos.

—Buenos días, dormilón —susurró ella besando sus labios, él sonrió abrazándola para después sentarla en su regazo y rodearla con su brazo—, aun tienes algo de pintura en el cabello, ¿no te bañaste anoche?

—¡Estás loca, mujer! —replicó llevando la taza de café a sus labios, dio un corto sorbo y la miró—, el agua estaba helada, ¿tú querías que me bañara? No, prefiero mantener mi deliciosa esencia.

—Que cochino eres, pueblerino —bromeó rodeándolo con sus brazos, él sonrió y ella se inclinó dejando sus labios pegados a su frente.

Ellos habían estado pintando el pequeño salón que utilizaría para recibir a sus pacientes, habían estado hasta tarde, aún más cuando ella quiso mover su cama y ésta terminó rompiéndose, Luke fue a su casa por herramientas y madera. Estuvieron hasta las tres de la mañana hablando sobre futuros planes y él reparaba cosas en la casa de ella, aun no vivían juntos, él se quedaba de vez en cuando, ambos querían ir lento aunque en más de una ocasión él había insinuado querer casarse con ella. Maggy sabía que lo que tenían ambos era especial, para formar algo bello debían construirlo con bases fuertes.

Dejar Piura fue un golpe grande, volver a empezar aun peor. Ella vivía en casa de sus padres y utilizaba el pequeño salón como su consultorio, fue un desastre total e incluso preparó maletas para volver, pero fue Luke quien no le permitió huir. Ahora tenía trabajo en dos colegios en el pueblo, dos días a la semana viajaba a Piura para atender en un hospital y tenía consultas en su consultorio, aunque no eran muchas, no se quejaba.

Henry ya no vivía con Luke, él ahora estaba estudiando en Piura y se quedaba con Omar, los fines de semana estaba ahí con ellos y los tres tenían tiempo valioso. Lo mejor de todo era que todos los días a la una de la tarde estaba Luke esperándola para ir a almorzar, siempre a la misma hora y siempre con una rosa.

—¿Crees que tu madre se moleste porque dormiste aquí?

—Estás bromeando, ¿verdad? —Ella arrugó la nariz cuando él se inclinó besando sus mejillas, ella pasó sus manos por su cabello con suavidad—, mi mamá quiere botarme de la casa, dice que estoy demasiado viejo para estar visitando a mi novia.

—Ya hemos hablado de eso, Luke. —Él asintió levantando sus manos sin dejar de sonreír—, unos meses más y veremos.

—Nada de veremos, hemos hablado de ocho meses, señorita. Yo traeré mis cosas para vivir aquí, lo que sí debes es darme espacio para poner mis botas.

— ¡Ni lo piense, Rivera! esas botas viejas y feas no estarán en mi ropero —Se alejó y Luke soltó una carcajada ronca quitándose la sudadera rosa que ella le había prestado, se puso su camisa de cuadros y encima un abrigo negro—. ¿Ya te vas?

—Debo ir a la chacra, nena, pero estaré en tu casa a la una, ¿te parece bien?

—¿Y Henry?

—Llegaré con él, amor. Estaré ahí, y limpio.

—No bromeo, báñate, por favor. —Él sonrió enredando sus manos en su cintura, se inclinó y beso sus labios con suavidad. Ella mantuvo los ojos cerrados cuando se separaron, se inclinó dejando descansar su rostro en el pecho de él. Olía muy bien, a menta y café. Lo de bañarse era un juego entre ambos, uno que les robaba más de una sonrisa—, vete antes de que no quiera dejarte ir.

—Está bien, cuídate.

Maggy sonrió y se quedó en la puerta viéndolo subir en la vieja camioneta y despedirse, vio la camioneta alejarse, y cuando se perdió, ella regresó para poner algo de música. Era domingo, de esos donde solo quieres estar en familia.

Hizo limpieza y lavó su ropa, cuando estuvo desocupada caminó hasta su pequeña biblioteca

iluminada por el ventanal. Aspiró el olor a flores y suspiró encantada de estar rodeada de naturaleza, se sentó y sacó del cajón de la mesa un cuaderno pequeño donde tenía unos dibujos y escritos. Ella sostuvo en sus dedos la cadena con un colgante de estrella, lo sostuvo en sus manos y una sonrisa triste tiró de sus labios, nunca supo cómo aquel colgante apareció en su cama, tampoco supo si fue un sueño o algo más.

Los días fueron difíciles, tener en sus pensamientos a Lucían no ayudaba en nada, su vida se estaba tornando de un gris oscuro, ver a Luke y el parecido era un recordatorio de que Lucían había sido solo un sueño. Con el tiempo lo fue olvidando, con el tiempo Lucían terminó siendo solo un sueño y Luke se convirtió en algo real, en algo palpable. Él siempre bromeaba con ese sueño, él siempre en fiestas se disfrazaba de rey y ella terminaba envuelta en sus brazos calmando las mariposas que revoloteaban en su estómago.

Ella nunca sabría si aquello fue un sueño, si Lucían fue la imagen del hombre maravilloso que conocería días después. Ella nunca estaría segura, pero de lo que sí estaba segura fue del dolor tan intenso que sintió en el pecho cuando despertó, el dolor que desgarraba su corazón y que la privó más de un vez.

—¿Maggy? —Ella se sobresaltó y guardó la cadena junto con el cuaderno para salir lo más rápido posible de ahí, sonrió cuando vio a su hermano asomado en la ventana, ella abrió la puerta y se lanzó a sus brazos como una niña pequeña—, vaya, has tomado color, ¿el pueblerino te tiene mucho tiempo en las chacras?

—¡Qué idiota eres!

—Tarada —bromeó sentándose, ella sonrió—, no sé si quiero a la amargada de Maggy o a ésta que sonrío como el *Guasón*.

—¿No te da gusto ver a tu hermana feliz, idiota?

—Estoy feliz, pequeña —expresó con sinceridad, tomó sus manos y dejó un beso en sus nudillos—, veo que Luke estuvo aquí.

—Hace un par de horas se fue. —Miró hacia donde él señalaba y mordió su labio. En el sillón estaba la chaqueta verde oliva de él junto con uno de sus tantos gorros desgastados con visera.

—¿Lo amas? —indagó, ella se giró para verlo—, cuando despertaste esa vez te vi muy mal, te vi enamorada de alguien que no existía. Me dijiste que Luke era idéntico a Lucían, yo quiero saber si amas a Luke por lo que es él y no porque se parece a Lucían.

Ella se puso de pie y caminó hacia la ventana, observó el pequeño jardín que Luke había plantado y un trozo de madera pintado en el cual había escrito: «Del rey pueblerino y su reina hermosa.» Ella sonrió.

—Luke es idéntico físicamente, tiene esos ojos preciosos que parecen lentillas y esos hoyuelos que cuando sonrío quieres tomarle fotos y luego colgarla en tu habitación como toda enamorada —explicó viendo a su hermano menor—, Luke tiene las manos rasposas por el trabajo duro que hace desde quince años, su piel está quemada y no le importa llevar unos viejos pantalones a una boda. Siempre está usando esos gorros porque esconde su cabello largo, él dice que se olvida de cortarlo, pero no es cierto, a él le gusta su cabello largo y que este cubra la cicatriz que tiene a causa de un tropezón.

»Cuando le pregunté que cómo se la había hecho, me dijo que un toro lo atacó, él se defendió y salió vencedor. Luke no necesita una corona para ayudar a los demás, para darles fuerzas. En las lluvias, él tomó las botas y un impermeable y salió ayudar, al otro día estaba agotado pero siguió ayudando. Tiene miedo de perder a sus seres queridos, he visto como mira a su familia y disfruta cada momento con ellos, dice que uno nunca sabe cuánto durará la felicidad. ¿Me preguntas si lo amo por ser Luke? eso no se debe preguntar, Omar, solo ve mis ojos cuando él está cerca y tendrás tu respuesta.

Omar sonrió al ver el brillo en su hermana y no dijo más sobre el tema. Ambos estuvieron a las doce en su casa ayudando a su madre a cocinar mientras esta se quejaba de que Yurian le había quemado el queso que utilizaría, su padre y el padre de Luke estaban poniendo las mesas mientras Grecia y Micaela adornaban el árbol que cubría todo el patio donde ellos siempre se reunían. A la una, la mesa estaba puesta y todos reían hablando mientras esperaban a Luke, Arturo y Henry. Cuando el motor viejo del carro de Luke sonó, ella sonrió saliendo a la carrera para encontrar a su pequeño Henry ser bombardeado con preguntas de parte de su tío y padre.

—Dejen a mi pequeño en paz. —Henry sonrió inocente dejándose abrazar por ella, Maggy besó su mejilla y terminó dejándolo ir, Arturo se burlaba de ella por tratarlo como un niño.

«*Ten ya hijos, Maggy. Hazlo para que lo dejes respirar*» Le decía siempre, Luke terminaba pegándole.

—Hola.

—Hola.

—Ven aquí —pidió él, ella alzó una ceja, él frunció los labios y ella rió lanzándose a sus brazos. Él besó sus labios, la sujetó contra su pecho y observó sus ojos oscuros, pasó sus dedos rasposos por su rostro y le guiñó un ojo—, te ves hermosa.

—Y tú hueles bien. —Lo alagó, enterrando su nariz en el cuello de él, Luke soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás y ella besó sus mejillas para después estampar sus labios contra los de él, envolvió sus manos alrededor de su cuello y lo atrajo.

—Si los demás te escuchan creerán que no me baño, cariño. —La depositó en el suelo, ella arregló su vestido y entrelazó sus manos, Luke lanzó una mirada a su vieja camioneta y la siguió. Todos sonrieron cuando los vieron entrar y terminaron aplaudiendo—, ¿qué celebramos?

—¡Que estén tan enamorados! —exclamó la madre de Maggy, Omar sonrió y miró a su hermana esconder el rostro en el cuello de su novio, él besaba su frente y le decía algo. Cuando se sentaron seguían viéndose como el primer día, él sostenía su mano y hablaba con los demás, pero en más de una ocasión se giraba y besaba la mejilla de Maggy preguntándole si quería algo. Omar no tuvo más dudas.

En la noche cada uno se fue a su casa, Henry se despidió de su padre y Maggy, él le aseguró que mañana estaría en casa. Ambos subieron a la camioneta y pusieron el disco de *Diego Torres*, no hablaron, solo sonreían y mantuvieron sus manos unidas en todo el trascurso del viaje. Cuando llegaron fue ella quien bajó primero y se quitó los tacones, él sonrió caminando hacia la casa del vecino, golpeó hasta que su amigo salió sosteniendo en sus manos una caja rosada.

—Buena noche, Luke.

—Muchas gracias, Nico.

Se despidió sosteniendo la caja, entró a la casa y sonrió viendo los zapatos en el piso al igual que la ropa, sostuvo la caja y recogió sus cosas llevando todo a su habitación. Dejó la caja en la mesa y encendió la luz de la cocina para preparar dos tazas de café, lo sirvió y regresó esperándola.

—Creí que me seguirías —murmuró ella sentándose a su lado, él tomó la toalla pequeña y empezó a secar su cabello con suavidad, los bostezos de ella eran seguidos y él terminó riendo.

—Tengo una sorpresa para ti, amor.

—¿Sorpresa? —Se puso de pie y caminó hacia la mesa, mordió su labio inferior y dio saltos emocionada, Luke rio entre dientes poniéndose de pie para abrazarla—, ¿qué es?

—Ábrelo, amor.

—¡Oh Dios! —gritó llevándose las manos a la boca, él carcajeó cuando sus ojos se llenaron de lágrimas mientras sostenía entre sus brazos un pequeño cachorro color chocolate, él dormía plácidamente y ni se molestó en levantarse cuando ella lo ahueco en sus brazos—, ¡Es precioso, Luke!

—Es tuyo, amor. Nuestro. Puedes ponerle el nombre que quieras.

—Nuestro bebé.

Susurró pasando sus dedos por las pequeñas orejas, el cachorro abrió los ojos y ni se inmutó cuando ella besó sus orejas, volvió a cerrar los ojos—, es precioso, mi amor.

—¿Cómo lo llamarás?

—Lucas —susurró, él se inclinó y besó su hombro—, Lucas Rivera.

—Pequeña traviesa —bromeó abrazándola—, te amo, Margaret.

—Te amo, Luke. Te amo como no imaginé amar a alguien —expuso Maggy viendo sus ojos—. Por años pedí encontrar el amor, y cuando me di por vencida llegaste a mi vida.

—Por eso dicen que en navidad los deseos de corazón se cumplen, mi vida.

—Lo sé, vaya que lo sé.

Susurró dejando al cachorro en la caja, sonrió y se giró envolviendo sus brazos alrededor del cuello de él, Luke se inclinó y acunó su rostro mientras rozaba sus narices—. Mi pueblerino.

FIN

Agradecimientos

Primero quiero agradecer a mis lectoras, estoy en deuda con ellas, sin ellas no estaría aquí y lo más probable es que desde hace meses me hubiera rendido y dejado mi sueño a un lado. Gracias por apoyarme, por estar siempre ahí.

Quiero agradecer a un colega y amigo, alguien que me ha apoyado siempre que le he pedido favores, gracias por todo Cristóbal.

A una magnífica escritora que me ayudó sin siquiera conocerme, siempre afable y comprensiva, gracias por el gran trabajo que hiciste Carolina Vivas, me has ayudado mucho.

A mi otra chica, editora de una hermosa portada, gracias por soportar mi carácter y no abandonarme. Gracias por todo Sareli.

Me gustaría agradecer a un maestro que me dijo que llegaría muy alto, que él sostendría mi libro en sus manos y diría: yo le enseñé. Usted fue mi mentor, mi amigo y profesor, usted leía mis cortas líneas y se sintió orgulloso de tenerme como alumno. Gracias profesor Andrés Alvarado.

Quiero agradecer a mi madre, por esas noches largas en la que escribía con la luz encendida y ella no podía dormir. Agradecerle por apoyarme, por ser mi amiga y súper héroe. A mi tío Julio que fue más padre que todo, nunca perdió la fe en mí y se sintió orgulloso, el mismo al que yo admiro.

Quisiera agradecer también a mis amigos, sin ellos tampoco esto sería posible, sin su apoyo las cosas hubieran sido más difíciles. Especialmente a Karina Abad, Angella Chinga, Mabel Chiroque, Ximena Villaseca, Anthony Sandoval, Rachel Guidino, Gabriel Moreno, Maii Ruiz, mis dos queridas primas Yuriana Mendoza y Almi Lopez. Gracias por su apoyo, así como el de mi familia, es inestimable.

Sobre el autor

James I. es el seudónimo de un escritor Peruano, interesado particularmente en la literatura fantástica. Estudiante de último año de lengua y literatura en la Universidad Nacional de Piura. Asimismo, siente un cariño por el pueblo en que nació y se siente inspirado cada vez que lo visita, algunas de sus novelas se desarrollan ahí.

Escribe en la plataforma naranja desde abril de 2014, actualmente tiene publicadas tres historias, dos de fantasía y una de romance: El equilibrio de la Muerte, La caperuza del lobo y El café se enfrió.